

# CONCURSO Literario

Facultad de Medicina  
Cuento y ensayo • 2019

• Ganadores y menciones •



Organiza  
Comité Cultural



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
Facultad de Medicina

## Vilma Piedrahíta

Médica de la UdeA (1958), especialista en Pediatría y subespecialista en Nefrología Infantil de la Universidad de Harvard. Ha sido la única mujer decana de la Facultad de Medicina y la primera rectora encargada de la Universidad. Dedicó siete décadas de su vida a la profesión; el mismo tiempo que le tomó hacerse a un lugar como mujer en este oficio. Actualmente disfruta leer, hablar de arte, mirar el paisaje desde su casa o jugar con sus nietos, Belén y Vicente. De vez en cuando se escapa a congresos y eventos académicos para compartir sus conocimientos. La medicina ha sido su gran pasión.



Título de la obra: Vilma Piedrahíta Echeverri  
Autora: Martha Lucía Villafaña Martínez  
Técnica: Dibujo escultórico en platina de hierro  
doblado y oxidado  
Año: 2015

Maestra en Artes Plásticas de la UdeA, nacida en Roldanillo (1954). Explora una amplia diversidad de técnicas y materiales como vehículos artísticos, en el marco del dibujo y la escultura. Ha participado en quince exposiciones individuales y en muestras colectivas dentro y fuera del país. Es autora de esculturas públicas y ha obtenido varios reconocimientos.

El proceso de elaboración de la escultura se muestra en la película documental *Vilma*, de la directora Marta Hincapié Uribe.



**C**oncurso Literario  
Facultad de Medicina  
2019

---

© Facultad de Medicina Universidad de Antioquia  
ISSN: 2346-0210

Hecho el depósito legal  
Concurso Literario Facultad de Medicina 2019  
Cuentos y ensayos ganadores, y menciones

---

*Coordinación del Concurso:* Paloma Pérez S.  
*Coordinación editorial:* Omaira Bustamante Restrepo  
*Decano:* Carlos Alberto Palacio Acosta  
*Vicedecano:* Luis Miguel Acevedo  
*Organiza:* Comité Cultural de la Facultad de Medicina  
Juan David Castro Quintero  
*Jefe Oficina de Comunicaciones*  
Yuri Viviana Caro Sánchez  
*Coordinadora Bienestar y Cultura*  
María Aracelly Orozco Ruiz  
*Coordinadora Biblioteca Médica*  
Yésika López Ramírez  
*Gestora cultural*

*Diseño de la cubierta:* Yeimy Valencia  
*Fotografía:* Oficina de Comunicaciones  
*Diseño y diagramación* Imprenta Universidad de Antioquia  
*Primera edición:* abril de 2020

---

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción sin autorización de la Facultad de Medicina  
Universidad de Antioquia

Oficina de Comunicaciones de la Facultad de Medicina  
Teléfono: (+57) 4 219 60 49  
Dirección electrónica: [comunicacionesmedicina@udea.edu.co](mailto:comunicacionesmedicina@udea.edu.co)  
Dirección postal: Carrera 51D N.º 62-29, Medellín, Antioquia

Imprenta Universidad de Antioquia  
(+57) 4 219 53 30  
[imprenta@udea.edu.co](mailto:imprenta@udea.edu.co)

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia

---

# Contenido

|                                  |          |
|----------------------------------|----------|
| <b>Acta del jurado .....</b>     | <b>7</b> |
| <b>Presentación</b>              |          |
| José Alejandro Castaño.....      | 11       |
| <b>Modalidad Cuento</b>          |          |
| <b>Cuentos ganadores</b>         |          |
| <b>Primer puesto</b>             |          |
| Mis días entre azulejos          |          |
| Andrea Foronda Obando.....       | 19       |
| <b>Segundo puesto</b>            |          |
| Otra cruz                        |          |
| Sebastián Rivera Isaza.....      | 27       |
| <b>Menciones</b>                 |          |
| Los oblicuos ojos de ébano       |          |
| Julio Ernesto Toro Restrepo..... | 37       |

|   |           |
|---|-----------|
| Última memoria  |           |
| Isabela Duque Schweizer .....                             | 45        |
| El café de todos los días                                 |           |
| Manuela Cardona Jaramillo.....                            | 47        |
| <b>Modalidad Ensayo</b>                                   |           |
| <b>Ensayos ganadores</b>                                  |           |
| <b>Primer puesto</b>                                      |           |
| Reinventando la discapacidad                              |           |
| Vanessa Valenzuela Peralta .....                          | 53        |
| <b>Segundo puesto</b>                                     |           |
| Traspasando fronteras                                     |           |
| Sebastián Sepúlveda Montoya.....                          | 57        |
| <b>Menciones</b>  |           |
| Los otros   |           |
| María Antonia Yepes Roldán.....                           | 63        |
| Enfermos de olvido  |           |
| Juan José Fierro Martínez .....                           | 73        |
| <b>Datos biográficos de los autores .....</b>             | <b>79</b> |
| <b>Autores y obras participantes en el Concurso .....</b> | <b>83</b> |

# Acta del jurado

A los 12 días del mes de diciembre de 2019 se reunieron los miembros del jurado del Concurso Literario Facultad de Medicina 2019 —Universidad de Antioquia—, Modalidad Cuento y Ensayo, Viviana Restrepo Osorio y Felipe Restrepo David para deliberar sobre los ganadores y posibles menciones. Después de considerar y discutir sobre los aciertos, calidades, temáticas, riesgos, poéticas, originalidades y estilos de los 22 cuentos y 7 ensayos presentados, los jurados decidieron premiar por unanimidad los siguientes textos:

## Modalidad Cuento

**Primer Premio:** «Mis días entre azulejos», firmado con el seudónimo Le Pamplemousse, correspondiente a Andrea Foronda Obando. Se trata de un cuento que logra una estructura sólida con una conciencia clara del género, recrea tensiones hasta sugerir atmósferas de soledad, muerte y nostalgia; la voz narrativa es eficaz en imágenes y reflexiones envolventes y conmovedoras.

**Segundo Premio:** «Otra cruz», firmado con el seudónimo Veritatis, correspondiente a Sebastián Rivera Isaza. Es un cuento que propone una perspectiva original: las marchas estudiantiles desde diversos ángulos, por medio de un lenguaje fresco y espontáneo.

**Menciones:** Se otorgan tres. «Los oblicuos ojos de ébano», firmado con el seudónimo Ivor Natayev, correspondiente a Julio Ernesto Toro Restrepo. «Última memoria», firmado con el seudónimo de Monenina, correspondiente a Isabela Duque Schweizer. «El café de todos los días», firmado con el seudónimo Manu C. J., correspondiente a Manuela Cardona Jaramillo.

## Modalidad Ensayo

**Primer Premio:** «Reinventando la discapacidad», firmado con el seudónimo Vanessa Valper, correspondiente a Vanessa Valenzuela Peralta. Se trata de un ensayo ágil, lúdico en su propuesta narrativa, equilibrado en las ideas y los conceptos, y que se arriesga en una perspectiva personal sobre el tema propuesto para resaltar la pertinencia y la relevancia.

**Segundo Premio:** «Traspasando fronteras», firmado con el seudónimo El Aventurero, correspondiente a Sebastián Sepúlveda Montoya. Su planteamiento no teme a la polémica y se adentra en una serie de consideraciones subjetivas que alcanzan nivel crítico: la voz personal es potente y comprometida.

**Menciones:** Se otorgan dos. «Los otros», firmado con el seudónimo Rocamadour, correspondiente a María Antonia Roldán Yepes. «Enfermos de olvido», firmado con el seudónimo Viajero de Sueños, correspondiente a Juan José Fierro Martínez.

El jurado celebra la continuidad del Concurso como una iniciativa que promueve y estimula la creación literaria en una Facultad

llamada a unirse a una reflexión humanística y artística por el papel esencial de las ciencias y los oficios de la salud en Colombia y el mundo.

Medellín, 12 de diciembre de 2019.

Jurados,

Viviana Restrepo Osorio

Felipe Restrepo David



# Presentación

Después de lavarse las manos en la corriente turbia, el médico se frotó alcohol vivo hasta los codos y se pasó las manos por la frente y el cuello enrojecido. A pesar del ardor, su gesto fue de alivio. Navegaban corriente abajo y el frescor del viento era la primera sensación placentera de una jornada que había comenzado doce horas antes, entre gritos de auxilio y ladrido de perros, el cielo todavía a oscuras. En la canoa de ocho pasos de largo iban dos hombres muertos. Se habían matado mutuamente en un lance de ira y ahora yacían uno sobre otro, cara con cara, como dándose un abrazo. A su lado iban las viudas, una de ellas con su hija recién nacida, las tres en silencio, la muerte y la vida navegando juntas.

El médico que cuenta esa historia recuerda que en ese tiempo llevaba un diario de campo en un cuaderno escolar. Era la bitácora de su año rural en Riosucio, a orillas del Atrato, en las selvas del Darién. Un profesor les había insistido a él y a sus compañeros que allá donde fueran escribieran para que no se enfermaran, para que el desconsuelo, el miedo, la impotencia, el cansancio, las dudas no los desbordaran, no los paralizaran. El profesor les repetía que los dolores enmudecidos, los vértigos anudados, se volvían úlceras san-

grantes, tumores malignos. Hace media vida de esos días. El médico ya no recuerda qué escribió de esos dos hombres a los que no pudo salvar y que terminó ayudando a acomodar en la canoa como si, en vez de médico, fuera un empleado funerario. Lo que sí recuerda es el efecto sanador de la escritura, la sensación de relevancia que ese ejercicio cotidiano le iba otorgando a lo que, en la práctica, llegaba a parecerle a veces caótico, insuficiente, intrascendente.

Hay quienes insisten en que la capacidad de escritura es accesoria en ciertos ámbitos profesionales, sobre todo en aquellos con un carácter predictivo, mensurable, en los que los números, se supone, ocupan íntegro el lugar de las palabras. No existen tales ámbitos. Incluso las abstracciones matemáticas más complejas se nutren de procesos dialécticos. Es una obviedad. Las leyes del universo nos resultan comprensibles cuando su explicación se acompaña de metáforas, antítesis, símiles, aliteraciones, hipérbatos, onomatopeyas, elipsis, todos recursos retóricos de la escritura. Lo que no cabe en las palabras, lo que no consigue ser expuesto, no logra ser conocimiento. Pero hay quienes insisten: ¿para qué enseñarles a escribir textos argumentativos a estudiantes de Medicina y de Instrumentación Quirúrgica? ¿Para qué les puede ser útil escribir relatos si su entorno profesional no les demanda esa habilidad?

Todo ejercicio de escritura es un intento de comprensión, incluso, por supuesto, si se trata de textos literarios. No se dicen más o menos verdades en un cuento que en un ensayo, o en una poesía. Los géneros son fronteras invisibles y hay textos que, como si se tratara de ornitorrincos, tienen cuerpos con partes que parecen de otros cuerpos; y no por eso dejan de contar, de encantar, de indagarnos. Lo cierto es que el insumo fundamental de la escritura no son las palabras, que están ahí, al alcance de todos. El insumo fundamental de la escritura son las ideas, que son las que no se encuentran en los diccionarios, en los manuales de ortografía ni de gramática; menos aún en los vademécums farmacológicos. Por

eso, cuando un estudiante se enfrenta a la escritura de un texto debe resolver un proceso creativo que le exige especificidad, argumentación, contextualización; por supuesto, claridad, ojalá sencillez. Contundencia.

Justo en los tiempos que corren, de los automatismos físicos e intelectuales, de la masificación de las maneras, de la uniformidad de los criterios, del vértigo estático que proponen los cachivaches tecnológicos, del relativismo moral de los unos y de los otros, del individualismo rampante, de las mentiras dadas por ciertas y viceversa, la escritura surge útil, utilísima, a la manera de un desfibrilador que puede poner a latir un corazón moribundo. Habrá quienes no lo crean, pero la escritura también puede ser un intento de trascendencia, un recurso poderoso de reflexión contra la banalidad, por ejemplo, con la que asistimos a la desaparición del mayor número de especies y ecosistemas de la historia humana. Hemos llegado al colmo de, pusilánimes, aceptar la injusticia, considerarla normal, crearla insuperable. No hay que ir tan lejos:

El Sistema de Información del Ministerio de Educación admite que, en Colombia, de cada 100 bachilleres, solo 52 acceden a la educación superior. De esos 52, solo 30 ingresan a la universidad. De esos 30, solo 16 logran graduarse. De esos 16, solo 5 consiguen empleo. De esos 5, solo uno logrará pensionarse. ¿Nos dicen algo esos números mudos? Según el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Colombia es el país de América Latina con mayor cobertura en salud. Casi el 95 % de su población está amparada, al menos en teoría. Sin embargo, 70 % de los afiliados se declara insatisfecho con el servicio que recibe. La escritura también es útil para descifrar las cifras. ¿Cómo pretender graduarse de un ciclo académico, por ejemplo, en Medicina o Instrumentación Quirúrgica, sin un mínimo de capacidad discursiva sobre el contexto social, político, económico y cultural del país?

El cuerpo humano es en sí mismo un universo; y aunque la constelación de sus vísceras no ha cambiado en algo así como trescientos mil años, no deja de sorprendernos, de desafiarnos, de extraviarnos. Y eso que ya hemos nombrado cada lugar de su inmensa geografía. Cada arteria, hueso, músculo, nervio, órgano tiene un nombre, y sus partes minúsculas también. Hemos logrado hacer visible lo invisible; una sala de cirugía puede compararse con una plataforma de exploración interestelar donde ocurre lo que, hace apenas años, era imposible, labor de extraterrestres. ¿Cómo no perderse en esas honduras ya conocidas a las que vamos y volvemos en cuestión de horas? La escritura también propone el asombro y la exaltación de lo pequeños que aún somos, de lo mucho que aún tenemos por aprender.

No se practica la escritura para redactar mejor, aunque también; ni para ser más cuidadosos y precisos con los diagnósticos, aunque también; ni para describir con mayor consciencia y pulcritud las historias clínicas, aunque también. Se practica la escritura, además, para comprender el lugar y el hacer, el sentido, la dirección. Este libro es constancia de un esfuerzo conjunto; los aciertos de escritura aquí publicados son los de toda la comunidad de la Facultad; sus logros y sus carencias también son los nuestros. En ellos nos leemos, nos vemos.

Cada quien tome nota.

José Alejandro Castaño Hoyos  
Profesor del Área de Comunicación

# Modalidad Cuento



# Cuentos ganadores



Primer puesto

# Mis días entre azulejos

Andrea Foronda Obando

Soy Aurora, una mujer como muchas otras: campesina, hija de campesinos; dedicada toda la vida a los oficios de la casa y a la crianza de mis hijos, aunque primero fue a la de mis hermanos. De los hijos, me quedaron tres. Y digo me quedaron porque eran seis, pero la vida me arrebató la otra mitad... O, bueno, ¡qué digo la vida! La violencia me los arrebató, así como me arrebató la finca hace ya tres años. Y en ambos casos ocurrió algo similar: el día menos esperado no los volví a ver más, solo que en el primer caso porque me los desaparecieron y, en el segundo, porque fui yo la que me tuve que «desaparecer».

Vivíamos en Urabá, en una finca piscicultora que llevaba el nombre de Hortensia, mi hija mayor. Teníamos una amplia variedad de peces. Con los que mejor nos iba era con las tilapias, las cachamas, los sábalos y las truchas. Estos últimos eran mis favoritos, y no solo los míos, sino también los de la gente del pueblo, pues eran los que más se vendían.

Además de los peces y otros animales, teníamos unos cultivos con productos de la huerta y otros con flores. Me encantaban las hortensias. Podía pasar todo el día mirándolas, siempre tan bellas y coloridas. Y no era la única que apreciaba su belleza; todos los días, desde muy temprano en la mañana, venían unos visitantes que se posaban sobre ellas: mis azulejos. Iban y venían, entre las flores y los palos de mango. Pasaba horas mirándolos, me deleitaba, perdía la noción del tiempo.

Así pasaban los días, sin mucha prisa, entre flores, peces, aves y al lado de Rocky, el valiente guardián de la casa, que entre ladridos se encargaba de avisarnos cuando un intruso llegaba a la finca, tal y como ocurrió aquel día. No recuerdo con detalle cómo pasaron las cosas; lo único que vive en mi memoria es la imagen de Nando, mi marido, y Tavo, el menor de mis hijos, corriendo despavoridos al lado de Rocky «el valiente», que ya no era tan valiente, pero que seguía hombro a hombro con nosotros, cuidándonos la espalda como bien lo sabía hacer.

Fue así como entre los arbustos y los sembrados de las fincas vecinas se fue borrando la imagen de La Hortensia; aquel hogar nuestro que con uñas, dientes y corazón habíamos construido y transformado en lo que era, pero que, a partir de ese momento, y con uno de los mayores dolores en el alma, debíamos abandonar y olvidarnos de la idea de que algún día volveríamos a poner un pie sobre su suelo, pues ahora los «dueños» eran otros.

Y digo que fue uno de mis más grandes sufrimientos, pero no; ese no fue el más grande. Yo ya sabía lo que era perder un hijo; sin embargo, nunca había perdido una hija, que era en lo que se había convertido este lugar para Nando y para mí. Y más aún cuando ese lugar era el único recuerdo que teníamos de cuando todavía estábamos los ocho juntos.

Llegamos, pues, a la ciudad donde éramos don Nadie y doña Nadie, padres de otro don Nadie, dueños de nada, que venían de ningún lugar e iban hacia ningún otro. Lo único que los acompañaba eran «cuatro patas», a las que a veces les daba por ladrar, y los trapos que llevábamos puestos y otro par que alcanzamos a agarrar.

Los primeros dos años fueron los más difíciles. Entender cómo funcionaba este nuevo «mundo» tan civilizado, cómo se relacionaban los de acá, cómo se ganaban la vida, qué era lo que los hacía perder la noción del tiempo, cuáles eran sus sueños, para dónde iban siempre con tanta prisa... Y todo se hizo más difícil cuando las niñas, Hortensia y Margarita, que eran las únicas que le habían puesto empeño al estudio, terminaron el colegio y no podían seguir en la casa de mi hermana, sino que tenían que devolverse para donde nosotros. Ya se habían sumado otras dos al combo de los Nadie.

En el último año las cosas cambiaron un poco. Sentíamos que después de más de veinticuatro meses, que parecían veinticuatro años, por fin la vida nos sonreía otra vez y parecíamos ver un nuevo amanecer luego de tanta penumbra. Fue, pues, en este momento cuando los hijos fueron trazando su camino y saliendo adelante. Y nosotros también.

A Nando y a mí nos fueron resultando algunos trabajitos, y con lo que nos pagaban nos alcanzaba para el techo en que vivíamos y el pan de cada día, para nosotros y para nuestro «guardián». Ahora pienso que quizá fue apresurado crearme la idea de que la vida nos estaba mostrando este «nuevo comienzo», cuando nuestra paciencia y perseverancia parecía que estaban siendo recompensadas.

Aquel lunes empezó siendo un día como cualquier otro. Me desperté muy temprano, me tomé los tragos antes de empezar a organizar la casa, pero me sentía extraña. Era como si me faltara la energía para hacer las cosas. No quería pararme de la cama, quería quedarme allí todo el día, y sin darme cuenta me quedé nuevamente

dormida. Pasaron una, dos, tres horas y yo seguía postrada en la cama. Lo único que cambió con el paso de las horas es que empecé a sentir cómo me subía la temperatura del cuerpo, y del desaliento que tenía parecía que se me fueran a romper los huesos.

Saqué energía de donde no la tenía para buscar el teléfono y llamar a Tavo para decirle que me trajera algo de la farmacia del centro, pues sabía que allá era más barato todo, y que Chepe, el dueño del lugar, nos conocía y por eso nos podría hacer alguna rebajita.

Estuve cinco días tomándome las pastillas y el jarabe que Tavo me había comprado para ver si me mejoraba de esa enfermedad, pero, por el contrario, cada vez me sentía peor y veía cómo mi salud iba para atrás. A todos los doctores les da risa, y algunos hasta se indignan, cuando digo que en ese momento lo único que me preocupaba era que la casa se nos estaba cayendo encima porque no había quién preparara la comida, lavara la ropa, limpiara la mugre del piso del baño, sacara al perro. O, bueno, sí había quién lo hiciera, solo que eso siempre lo hacía yo, pero ya no podía, no quería, no era capaz.

Pasaron varias semanas y, como decían en el pueblo, yo iba de Guatemala pa' guatepior. Fue tanto así, que las niñas y Tavo terminaron obligándome a ir al doctor para ver qué era lo que tenía. Las niñas me acompañaron. Entré al hospital por la puerta de urgencias, la misma por la que esperaba salir ese día con un puñado de medicamentos. No fue el caso.

Dijeron que lo mejor era que me dejaran hospitalizada. Me negué rotundamente. Si los hospitales son para enfermos, ¿cómo iba a permitir que me hicieran sentir enferma? Si yo estaba allá era para ver contentas a las niñas y para que dejaran tanta cantaleta, no porque quería hacerlo. Yo solo estaba pasando por un mal momento; era eso, un mal momento y nada más. Solo quería que me dieran un medicamento que me hiciera sentir mejor. Era lo único

que necesitaba para poder volver a tener la energía de hacer los oficios de la casa y que todo volviera a la normalidad.

Los doctores, al ver que no había forma de convencerme ni siquiera con la insistencia de las niñas, le dijeron a Tavo que hablara conmigo. «Má, hágales caso a los doctores. Si le están diciendo que eso es lo que hay que hacer, es por algo; ellos son los que saben. Vea que ya solo estamos nosotros cinco; no podemos perder a otro. Hágalo por nosotros y por el viejo. Hágalo por Richi». Tavo sabía que ante esas palabras no tenía forma de negarme. Esas palabras que parecían tan simples, frases de cajón, me llegaron hasta los tuétanos. Richi, mi niño, el consentido de la casa. Ese fue el primero que me quitaron. Con ese conocí por primera vez lo que es experimentar aquello que no tiene nombre: la pérdida de un hijo.

Habitación 501. Esa se ha convertido en mi nueva casa. En esa he estado desde hace ya un mes y medio; cincuenta y cuatro días, mil doscientas noventa y seis horas, setenta y siete mil setecientos sesenta segundos. Para algo sirvieron las matemáticas que nos enseñó la seño Teresa en la escuela.

Dos pastillas blancas en la mañana, tres de varios colores al mediodía y otras dos en la noche. Y quién sabe cuántos más medicamentos me han puesto por la vena. Exámenes de sangre casi a diario, varias idas a un tal tomógrafo y a otro aparato que no recuerdo cómo se llama. Enfermeras yendo y viniendo, de un lado para otro, como si fueran muñecas de cuerda a quienes solo les basta tomarse un café cada tanto para reiniciarse. Así se pasan mis días; nada cambia con el tiempo. Ni siquiera mi diagnóstico, que todavía es tan desconocido por mí como lo es para todos, incluyendo a los doctores.

Así como en la finca, la preciosa Hortensia, acá también me visitan los azulejos, solo que esta vez no vuelan, sino que caminan por los corredores del hospital. No se acercan a las flores, sino a cada una de las habitaciones de sus pacientes con sus ropas en diferentes

tonos de azul, tal y como mis azulejitos. Siempre tan pulcros y sabiondos con sus batas bien puestas y con esos aparatos que a toda hora llevan colgados del cuello.

De todos ellos, con el que más he hablado ha sido con el doctor Torres. Es especialista en pacientes como yo, por los que ya no hay nada más que hacer; al menos eso es lo que parece. Él ha sido muy bueno conmigo. «Ay, Aurita, vos con lo que salís» es siempre su respuesta cuando le digo que ni la violencia pudo conmigo para que una enfermedad sin rostro ni nombre lo vaya a hacer.

El doctor Torres sabe que yo ya he enfrentado a la muerte en varias ocasiones y que he aprendido a vivir con lo que queda después. Pero con él me he dado cuenta de que, aunque sé que los años van pasando y que con mis cincuenta y tantos años encima ya debería estar pensando en lo que hay al otro lado del charco, nunca he pensado lo suficiente en el día en que yo sea la que abandone esta tierra.

Los días pasan y, aunque todos los de la casa me dicen que esté tranquila y que deje de preocuparme por «bobadas» porque todo va a estar bien, sigo sin encontrarle respuesta a muchas preguntas que apenas a estas alturas del partido empiezo a hacerme: ¿Cómo será mi muerte? ¿Sentiré dolor? ¿Quién me acompañará en mis últimas? ¿Será que Nando todavía va a estar para cuando se llegue ese día? ¿Cómo lo tomarán las niñas? ¿Cómo lo tomará Tavo? ¿Será que Rocky también se va a sentir triste? ¿Quién se va a encargar de no dejar caer la casa?

Tengo miedo, mucho miedo, como nunca lo había sentido. Tengo miedo de partir. Tengo miedo de irme para siempre. Tengo miedo de dejar a Nando solo. Tengo miedo de no saber qué va a pasar con Tavo y las niñas. Tengo miedo de no saber cómo se van a poner ellos cuando yo ya no esté. Tengo miedo de no saber qué hay preparado para mí después de que la muerte toque a mi puerta. Y

hoy esos miedos los siento más vivos que nunca. Siento que llegó el momento de enfrentarlos.

En el pueblo la gente tiene la creencia de que cuando llega el momento, uno desde que se levanta lo sabe, y hoy puedo decir que esa idea no me suena tan descabellada como parece. Esta no es la forma en que quiero seguir viviendo. Ya no quiero, ya no puedo, ya no soy capaz.

Cada tanto entra el doctor a revisar el monitor. Nando, Tavo y las niñas están conmigo. En sus rostros puedo ver que ellos tampoco están preparados. Uno a uno se me acerca al oído a decirme lo mucho que me quieren, que están agradecidos por todo y lo mucho que me van a extrañar. Pero a mí ya me faltan las energías para responderles. Lo único que hago es sujetar su mano y darles un pequeño apretón.

Cierro mis ojos y me imagino en la finca. Cinco y cuarenta y cinco de la mañana, sentada en la mecedora con una taza de café en la mano, Nando sentado a mi lado, Rocky acostado a mis pies esperando el amanecer. El sol ya apareció en el horizonte. Como de costumbre, uno a uno, empiezan a llegar los azulejos, van y vuelven una y otra vez, de las hortensias hacia los palos de mango y luego en el sentido contrario. Sé que todo va a estar bien. Sé que ellos van a estar bien. Sé que mi hora ha llegado.



Segundo puesto

## Otra cruz

Sebastián Rivera Isaza

¿Han tenido esa resaca en la que olvidan por completo qué sucedió el día anterior? Hace unos días pasé por algo similar. Mi día inició de repente, como si le hubiesen dado *play* a una película pausada hace mucho tiempo. El sol estaba muy alto; eran más o menos las once y media de la mañana; y yo, por alguna razón, vagaba por unas calles cercanas a la Universidad. La luz me molestaba y tenía un sabor amargo en la boca. Debí de haber tomado algo más que cerveza después de la marcha, pensé.

No recordaba mucho de la noche anterior; estaba con los cuatro de siempre y cantábamos arengas mientras la Mona rotaba la botella de malta, porque no hay nada que dé más energías que el hermano blando de la cerveza. La cabeza me dolía si trataba de recordar algo más y preferí concentrarme en saber por qué estaba caminando por ahí; me revisé los bolsillos: ni celular, ni billetera, ni llaves. O me habían atracado o la Mona me había guardado las cosas como hacía siempre cuando tomábamos de más; pero, de ser así, ¿dónde

estaba la Mona? Empecé a caminar hacia la Universidad; tenía entendido que había asamblea y seguro los cuatro iban a estar allí y me contarían lo sucedido después de la marcha.

Caminé seis cuadras hasta llegar a la portería principal. Traté de no hacer contacto visual con el guarda para que no me pidiera el carné que no tenía. En turno estaba Suárez, el gordito que siempre tiene un tinto en la mano. Estaba tan atontado soplando su vasito, que ni se dio cuenta de que nos metimos tres peludos sin mostrarle nada; por lo menos yo podía dar fe de que efectivamente era estudiante, aunque no quise pensar mal de los otros dos. La plazoleta estaba desolada, había si acaso diez personas, tres profesores fumando y tomando aromática caliente bajo el sol del mediodía, una parejita discutiendo. Los dos que entraron conmigo se juntaron con un grupito que estaba estampando camisetas y pintando cárteles. Pero ¿y la otra gente?

Era miércoles, ¿por qué no había gente almorzando? ¿Por qué no había gente vendiendo almuerzo? ¿Por qué no estaba por ahí el viejo Luis que lleva veinte años estudiando arquitectura y otros veinte sacándole conversa a cualquiera para que lo invitara a almorzar? Seguro la asamblea estaba interesante, cosa peculiar en estos días; ahí estaría el gentío. Crucé cuatro bloques y no vi a nadie conocido, o por lo menos alguien de confianza para preguntarle dónde estaba todo el mundo. Llegué al auditorio y estaba vacío. Por un segundo, casi entro en pánico; no me gustaba la idea de olvidar algo importante o, peor aún, estar en uno de esos sueños donde eres totalmente consciente. Esto último tenía sentido: la sensación de irrealidad, lo extraño del ambiente en la Universidad y esa película que había visto que decía que todos los sueños empiezan de repente y uno no logra recordar cómo llegó al sitio donde está. Estuve a punto de convencerme de esta idea, pero algo me distrajo; a unos 200 metros vi la silueta de la Mona caminando rápido. Iba muy cargada como con rollos de cartulina y

algunas bolsas. Empecé a trotar suavemente para alcanzarla, pero esa mujer iba enverracada y yo no tenía energías para salir corriendo; entonces, mientras me ponía las manos en las rodillas sin aliento, tomé aire y le grité:

—¡Mona!

Claudia volteó, buscó el origen de mi voz, me miró feísimo como con fastidio, dio la vuelta y siguió caminando más rápido todavía.

—¿Cómo la habré cagado ya con esta mujer? —me pregunté con miedo.

Traté de seguirle el paso para ver por lo menos para dónde cogía con todas esas cosas. Pasé al lado del grupito que estaba pintando carteles y vi que estaban dibujando la cara de alguien que no pude distinguir porque miré de reojo. Seguro era alguno de esos mártires que tenemos los estudiantes y que sacamos del cajón cada vez que queremos reclamar algo. Lo que sí escuché bien fue la ubicación del plantón:

—Hay que apurar porque ya nos están esperando allá en la 30. Tratemos de llegar antes de que llegue la policía y saque a ese mundo de gente.

Ya por lo menos podía respirar con calma, no era un sueño raro; era que todo el mundo andaba en un plantón a un par de cuadras. Además que ayer detuvieron a alguien o hay heridos de la marcha y decidieron bloquear la avenida de la Universidad, imaginé. Salí por la misma portería y me despedí de Suárez; el pobre hombre se perdía tanto en ese tinto que ni se daba cuenta de lo que le pasaba al lado. Caminé tres cuadras. Delante de mí, esperando el cambio del semáforo, estaba la Mona. Más allá se veía el tumulto del plantón. Crucé la calle y cuando le iba a tocar el hombro, ella pasó por la cebra. Un atarván que se quería comer el pare frenó en seco, yo grité:

—¡Claudia! —y ella dio un brinco del susto, dejó caer una de las cartulinas. Yo me empecé a acercar mientras la regañaba en tono dulce:

—Vos tenés que aprender a cruzar la calle, mujer. Un día de estos...

Me quedé callado de golpe. Cuando me agaché a ayudarle con la cartulina, la sensación de irrealidad fue aplastante; el aire de pronto se puso frío, oía el corazón como metido en los oídos.

Mi cara, mi cara, o por lo menos la silueta de ella con pintura roja, estaba dibujada en ese cartón con la leyenda: «El Estado lo mató».

—Muchacha, ¿está bien? —gritó el del carro, mientras se bajaba a revisar que Claudia no estuviera lastimada.

—Muchacha, ¿está bien? —Le había preguntado una paramédica a Claudia tres días antes, mientras tenía un ataque de ansiedad.

—Tranquilo, ayúdeme a recoger las cosas, por favor —respondió ella al hombre del carro.

—Tranquila. Ayúdelo a él, por favor, yo estoy bien —le rogaba ella a la mujer de casco.

El hombre se agachó, cogió la cartulina y se la entregó a la Mona disculpándose. Yo miraba la escena como en cámara lenta, como en *mute*, como si la película estuviera en *slow motion*. Seguí a Claudia por inercia. Mis piernas se movían prácticamente solas; no lograba articular palabra. A mi alrededor estaba mi nombre en aerosol por todas partes; había grafitis hechos de afán con la silueta de mi cara en cada poste. El silencio de mi mente se iba disolviendo y las voces de la gente empezaban a escucharse como si se acercaran desde lejos, a pesar de tenerlas a cinco pasos. Decían mi nombre, lo demás era inteligible o simplemente no le prestaba atención; solo saltaba mi nombre de vez en cuando entre los labios de desconocidos.

Claudia, la Mona, se hizo paso entre la gente que rodeaba un charco de sangre seca. El olor me penetró de pecho a espalda, el olor a pólvora, el olor a malta mezclada con sangre, ese olor a hierro dulce. Pude recordar el sonido de la botella vaciándose en la calle, pude sentir en el pecho nuevamente los estrujones del hombre que intentaba reanimarme. Recuerdo el llanto de mi Mona, sus gritos; recuerdo haber visto desde el suelo a Gabriel, el Gordo, tratando de taponarle la cara para que no viera la escena; recuerdo las luces, el humo; recuerdo el destello que vi antes de caer al suelo; casi puedo recordar el sonido de cada perdigón que no me alcanzó cayendo al pavimento.

Estaba muerto. Tres días antes de ese momento en esa misma esquina de la 30 alguien me había matado y esta gente estaba ahí para protestar. Me acuclillé en el suelo, me sujeté las piernas rodeándolas con los brazos como cuando era niño y presencié todo el suceso, desde los cantos hasta que los chorros de agua empezaron a dispersar gente y convirtieron las pinturas de mi cara en engrudo sobre el piso. Durante seis horas vi cómo desconocidos decían conocerme; oí contar anécdotas que nunca sucedieron y a Luis diciendo que siempre tomaba tinto conmigo en la plazuela y que a veces almorzábamos juntos. Los oí describirme de formas que yo nunca hubiese aceptado y vi a la Mona callar; vi a los que realmente me conocían quedarse en silencio sin corregir a nadie, y los entendí. Nadie, a excepción de los cuatro de siempre, estaba ahí por mí. Ese tumulto estaba por el simbolismo de un estudiante caído en una marcha, por esa necesidad de morir para ser alguien; estaban ahí para poner otra cruz en el piso, otro nombre en la lista. Nunca fui de muchos amigos; aun así, había quinientas personas que decían amarme y admirarme, sin saber quién fui, sin saber qué hice, sin saber por qué esos cuatro de siempre sí me amaban de verdad.

Así me enteré de mi propio fallecimiento. Las primeras horas son abrumadoras; siempre estás esperando despertar, pero no sucede; te vuelves un eco sordo, una brisa seca, una sombra translúcida; todo existe menos tú. Hace unos días visité a mi mamá. Es raro verla fingiendo serenidad; trata de hacer todo con normalidad, pero sus movimientos se ven bruscos, torpes, como si se esforzara demasiado por no desvanecerse. Una mañana estaba sirviendo el desayuno y rompió en llanto cuando sirvió una tercera taza de chocolate, a pesar de que en la mesa solo estaban ella y mi hermanita; simplemente se perdió en el fluir de la jarra al pocillo que tenía el escudo de la Universidad. Mi hermana la miró. Ambos vimos cómo soltó la chocolatera ya vacía en medio de aquel charco y se arrodilló en el suelo a llorar.

A veces trato de perdonar al que me disparó, pero esa escena de mi hermana limpiando el charco, mientras mi mamá se deshacía en lágrimas en el suelo de la cocina, no me lo permite. A veces voy a verlo; es un hombre grande, tiene dos niñas en casa y nunca llega uniformado. Es curioso pensar que sus hijas nunca lo han visto acorazado. Después de cenar siempre ayuda a su esposa con los platos y se sienta a ver el noticiero, el mismo que ve mi papá. No sé si piensa en mí y en lo que hizo. Los muertos no podemos leer las mentes, pero no parece muy intranquilo; me da tristeza pensar que no fui el primero y que aun así sigue ahí sentado viendo a sus hijas jugar sin que ellas sepan que papi se gana la vida matando muchachos como yo. O tal vez sí le pesa la conciencia, pero no quiere alarmar a su familia; quizá finge serenidad, será por eso que sus movimientos se ven torpes. Tal vez está esperando a que sus superiores lo saquen del lío, como ya lo han hecho con otros, y así, finalmente, pueda tragarse ese nudo que se le siente cuando le dice a su mujer que tenga buenas noches.

Hoy estoy marchando al lado de la Mona, todos estos días lo he hecho. Veo mi cara en las noticias, en la prensa, en las publica-

ciones de la gente que se escandaliza no porque yo haya muerto, sino porque viven en un país donde a ellos también les puede pasar lo que a mí; porque sé que los que me vieron caer en aquella calle también se indignaron porque si hubiesen disparado más a la izquierda ellos habrían sido los caídos. Aun así, me veo con firme nostalgia en las camisetas de la gente y escucho cuando gritan mi nombre seguido de un ¡presente, presente, presente! Me llega al alma cuando alguien alza la voz para decir que yo vivo en cada compañero y que por mí y por los demás nunca habrá ni un minuto de silencio. Me conmueve ver a Claudia gritar y por eso la acompaño, para que no se sienta sola, para que no me sienta lejos; para gritarle, así no me oiga, que ahí viene la tanqueta, que no les dé la espalda a los que van a caballo, que no se descubra el rostro cuando pasan los helicópteros. A veces también canto con ella las arengas y grito los nombres de los muertos, de nosotros los mártires. A veces nos paramos frente a la alcaldía, frente a la fila de carros de la avenida que tapamos, frente a los soldados, frente a los mirones y empezamos a corear nuestros sueños, nuestros ideales; y de pronto siento que no hay ninguna diferencia, que estando vivos tampoco nos escuchan.



# Menciones



# Los oblicuos ojos de ébano

Julio Ernesto Toro Restrepo

El consultorio de la vía Gesundheit, en Múnich, que Albert Einstein venía buscando desde calle arriba, estaba identificado con una placa metálica rectangular fijada a la pared sobre madera al natural en la que se podía leer: «Doctor Santiago Ramón y Cajal, médico».

Einstein llegó hasta allí para su cita de las tres y treinta y cinco. Con el fin de investigar, asomó su cabeza de erizo y miró con sus oblicuos ojos de ébano. La sala de espera estaba vacía; entonces recompuso a dos manos sus pelos. Él le había escrito al galeno varias semanas antes, teniendo en cuenta la demora del correo en esos tiempos de invierno. El propósito de la nota era pedirle una cita, porque pensaba que sus células nerviosas se estaban comportando de modo diferente; pero en realidad no lograba precisar lo que le ocurría. Desde hacía unos años tenía mal dormir, se distraía en las conversaciones con sus amigos y caía recurrentemente en los temas del movimiento, la velocidad y la masa. Por aquellos días sentía que su mente volaba de aquí para allá siempre. Incluso, cuando tocaba en su violín las melodías de Bach, a quien tanto amaba y respetaba, terminaba con otra música muy diferente a la escrita por el autor; y por eso sentía cierta pena e incomodidad con el músico e incluso consigo mismo.

—Albert, dime por qué tienes que analizarlo todo y buscar proporciones y fórmulas ocultas y convertirlo a ecuaciones —le preguntó su novia, y agregó—: Por favor, tengamos una conversación normal, una conversación común. Hablemos de las cosas de la vida, del clima, de los caminos; en fin, de lo que hablan las parejas.

Esta solicitud, que le hacía ella con toda la dulzura de la que era capaz, llevaba una cierta preocupación. En el fondo de su corazón ella no creía que él la escuchara; aunque Albert le juraba que sí y que además se esmeraba mucho en darle gusto. Y agregaba mirándola con sus oblicuos ojos de ébano:

—Desde el mismo instante en que te vi en la clase inaugural de Introducción a la Teoría del Movimiento, estoy pendiente de ti, Mitza.

Ya dentro de la sala de espera, Einstein se percató de que la puerta interior estaba abierta, pero no cruzó el umbral. Cuando estaba a punto de tomar asiento, escuchó desde dentro la voz del médico en un alemán que le sonó distinto.

—El siguiente, por favor.

Albert miró su reloj de leontina con sus oblicuos ojos de ébano y vio que marcaba con exactitud las tres y treinta y cinco. Recompuso a dos manos sus pelos, que por el afán de llegar rayando la hora, estaban más desordenados que de costumbre, y entonces se dispuso a entrar.

Asomó su cabeza de erizo, miró con sus oblicuos ojos de ébano y preguntó, como si fuera un santo y seña:

—¿Doctor Santiago?

—¿Señor Einstein? Siga usted, por favor. Siéntese. ¿En qué puedo servirle?

Se miraron a los ojos, o mejor a través de los ojos, tratando cada uno de entrar en lo profundo de la mente del otro. Una fracción de segundo es mucho tiempo para que, a la velocidad de la luz, se cruce el pensamiento entre un par de extraordinarios observadores y cada uno capte lo suficiente para hacerse una acertada opinión de su interlocutor.

—Gracias, doctor —lo miró con sus oblicuos ojos de ébano—. Le contaré, en realidad a eso he venido, pero antes permítame hacerle una pregunta, si no le molesta, claro está... —Esperó unos instantes, pero no aguardó la autorización—. Siendo usted español, ¿por qué ha venido a radicarse en Alemania?

—Entiendo su pregunta, señor Einstein, y la veo muy pertinente —dijo Ramón y Cajal—, ya que entre sus propósitos y los míos, es decir, entre lo que usted como paciente espera de mí y lo que yo como su médico debo hacer, se precisa un valor común: la confianza; por eso lo entiendo.

Hizo una pausa y miró con fijeza y rostro congelado; y con el **ánimo** de poner en su sitio a Einstein y tomar él la conducción de la entrevista, dijo:

—Independientemente de que sea yo quien deba interrogar y usted quien deba responder, quiero decirle que no hay para mí nada más estimulante que una mala pregunta bien hecha.

Einstein, muy vertical en su taburete, entendió las intenciones del doctor Ramón y Cajal y rio a carcajada limpia. Entonces, el médico recostándose en su silla continuó en tono relajado:

—Verá usted, mi señor: me inspira lo que he llamado «La doctrina de la neurona». Permítame le explico un poco: las células propias del sistema nervioso son muy particulares, son maravillosas. Ellas son independientes, pero a pesar de ello, trabajan en red. Incluso se comunican más allá de donde sus dendritas y sus axones alcanzan. Se relacionan unas con otras, se ponen de acuerdo. Diría que entre

ellas hay cierta obediencia a algo, a un orden superior. Pero eso no es todo lo curioso, señor Einstein, me pregunto con obsesión cómo lo hacen, qué mediación invisible hay, qué interés superior las subordina sin una mínima molestia en ellas.

—Oh, interesante —dijo Einstein, y lo miró con sus oblicuos ojos de ébano.

—Con mi colega el doctor Camilo Golgi, un sabio en los temas de tinción de tejidos —continuó Ramón y Cajal—, vengo trabajando sobre la estructura, pero sospecho, con muy buenas razones, mi querido señor, que hay más que vecindad entre las células. En realidad, creo que hay un hálito que no es materia. No sé... quizá una fuerza divina. Créame, es una energía... una energía maravillosa que organiza un concierto fantástico —cambió de posición en su silla y guardó silencio unos instantes y lo miró con fijeza y rostro congelado—.

Einstein le puso plena atención y lo miró con sus oblicuos ojos de ébano.

—Y, finalmente —recuperó el hilo el médico—, para dar respuesta a su pregunta, le cuento: he venido acá volteando por el mundo tras el propósito de acercarme más y más a la gracia del saber hacer, porque ha de entender usted, mi señor, que la buena medicina se aprende con la cabeza, pero se ejerce con el corazón. En el corazón mora la gracia del saber hacer. Esto me lo hizo entender Silveria, mi amada esposa Silveria Fañanás, con toda la dulzura de la que era capaz. Mmm, la gracia del saber hacer... Pero vamos a lo suyo, señor Einstein. Cuénteme qué lo trae por acá.

El trabajo rutinario en la oficina de patentes de Berna tenía al físico agobiado, pues muy a su disgusto le requería todo el tiempo. No obstante, había decidido por insistencia de su novia y antigua compañera de estudios en el Politécnico, Mileva «Mitza» Marić, hacer un alto y viajar a Múnich para consultar sobre su desasosiego

con el doctor Santiago Ramón y Cajal. Ella le había asegurado que tenía extraordinarias referencias de él, tanto por su especial dedicación a la profesión, «por ser un médico bueno», como por sus importantes logros en sus investigaciones, pues él era considerado en el medio como la cabeza de la llamada Generación de Sabios, o sea que, también a su decir «por ser un buen médico».

Einstein expresó su motivo de consulta, con esmerado apego a como Mitza le había dicho con insistencia que lo hiciera, y agregó:

—He venido donde usted, doctor, precisamente por su especialidad, porque, he de decirlo francamente, he pensado que los pacientes padecen lo que los médicos saben —miró con sus oblicuos ojos de ébano al doctor y dejó entrever una sonrisa a la espera de su reacción.

Ramón y Cajal lo miró con fijeza y rostro congelado, pero para no contradecir la disciplina de la buena **práctica de la anamnesis aprendida** en su formación en Zaragoza, se contuvo.

—¿Tiene usted, señor, alguna preocupación especial en estos días?

—Ohhh, sí, sí. ¿Que si la tengo? Le contaré: Mi tema es la física teórica, doctor. Mi vida es la física, pudiera decirse; y en particular, lo que he denominado la teoría de la relatividad general; y eso, para serle franco, me quita el sueño y siento que me desgasta la vida —se puso más serio, como anunciando algo que ya tenía en mente para decir y miró con sus oblicuos ojos de ébano—. Es una obsesión que rivaliza con Mitza, mi amada —continuó—, y eso me pone muy escéptico con respecto a la primacía del afecto, de la familia y todo lo demás. —Guardó silencio un instante—. Es un escepticismo brutal, que me confronta y me invade terriblemente. Para ponerlo en su jerga, doctor —empezó a decir con una sonrisa—, padezco *escepticismo* —y lo miró con sus oblicuos ojos de ébano.

Ramón y Cajal no le celebró el apunte y lo miró con fijeza y rostro congelado.

—Mmmm. Y eso que usted llama la teoría de la relatividad general, ¿tiene alguna utilidad de orden práctico? —dijo sin ánimo de menospreciar la investigación del físico, ni de cobrarle su expresión sobre los médicos y las enfermedades.

—Ohh, sí, sí. **Ya lo creo.**

—Adelánteme un poco su visión, por favor. Quisiera comprender qué esferas de su intelecto están interviniendo en su estado.

—Doctor, se lo resumo así: el pensamiento es díscolo y se mueve a la velocidad de la luz. Mi mente va y viene, como un rayo que alumbraba aquí y luego allá, tal como sucede en mis experimentos. En ellos he visto que la velocidad modifica la materia tal cual la conocemos, ¿me entiende? Mi mente está permanentemente haciendo propuestas. La que por estos días considero es que la materia y la energía son lo mismo, solo que en diferentes estadios. Y he pensado que el alcance que esto puede tener es que no somos individuos aislados, sino un cuerpo compuesto por individuos; y en ese mundo nada sucede independientemente, ni al escondido de unos u otros. Es algo así como lo de las células del cerebro que usted me acaba de contar. Y me hago la misma pregunta que usted, ¿cómo se logra? Doctor —continuó—, tengo miedo —lo miró con sus oblicuos ojos de ébano—, es miedo de mí mismo. Ese es el peor de los miedos. No sé, ni siquiera sospecho dónde desembocará todo esto.

—Mmm, ya —dijo el médico, acordándose de lo suyo y lo miró con fijeza y rostro congelado—. Según le entiendo, señor Einstein, ¿sugiere usted que hay un tránsito continuo de la materia a la energía y viceversa?

—Ohh, sí, sí. **Ya lo creo.** He evidenciado que hay otros conceptos distintos a los que ha propuesto Isaac Newton, ¿ha oído usted hablar de él? —Esperó unos instantes, lo miró con sus oblicuos ojos de ébano, pero no aguardó la respuesta—. Hay otro mundo,

uno ultrapequeño, que tiene un comportamiento totalmente diferente a ese que él describió y, por consiguiente, sus leyes no se aplican por igual.

—Bueno, pues siendo así como usted lo afirma —terció el médico—, entonces estamos en ese magnífico multiverso, que es a la vez el universo de lo grande y el universo de lo pequeño. Lo grande y lo pequeño no son ajenos entre sí, entonces —miró con fijeza y rostro congelado al físico—. Como consecuencia, resulta evidente que, por encima de los dos ambientes, hay unas leyes para armonizarlos. No obstante, debo admitir que aún en ese caso, dentro de mí persiste una eterna pregunta, ¿cómo se organizó todo para dar origen a esas leyes? ¿A qué se debe esa soberbia obediencia y ese exquisito orden? —Miró al físico a la cara con fijeza y rostro congelado—. A mi juicio, no hay nada que temer, mi señor. Me explico, ¿no cree usted que, dado que por siglos persisten los motivos de su preocupación, lo que teme ya debió haber sucedido hace miles de años? Al parecer hay bondad en el sistema, ¿no lo cree?

Entonces Einstein lo miró con sus oblicuos ojos de ébano.

—Lo que le he dicho —añadió Ramón y Cajal— es mi opinión, estimado señor. Le repito, es mi opinión. Porque, siendo sincero, yo mismo, a veces, dudo de todo.

—Entiendo, doctor, y me gusta que dude, ¿sabe? Porque hay que admitirlo, el peor médico es el que no duda.

Dicho esto, se levantó de su taburete, recompuso a dos manos sus pelos, tomó su reloj de leontina y lo miró con sus oblicuos ojos de ébano, al tiempo que dijo:

—Le contaré a Mitza que usted me encontró muy bien, doctor.

—Es propio, señor Einstein —lo miró con fijeza y rostro congelado.

Cuando el físico giró para retirarse, se percató de que la puerta interior siempre había estado abierta; entonces cruzó el umbral y cogió calle arriba.

# Última memoria

Isabela Duque Schweizer

Volví a Argelia a deshacer mis pasos, los pasos de una juventud marcada por la sangre y el plomo. No sabía exactamente qué encontraría; en realidad, no sabía qué buscaba. Había pasado largo tiempo desde que Manuel desapareció. Si fueron los paramilitares, si fue la guerrilla, nunca lo supe; pero tampoco me importaba, quería tenerlo de nuevo a mi lado. No se veía pasar un alma por las calles empedradas de aquel pueblo cafetero, solo se sentían las miradas lejanas de aquellos que un día decidieron sacarnos a todos de aquí. Me vigilaban de cerca, lo sabía.

Pasé por la capilla, cerré los ojos y recordé cuando Manuel prometió casarse conmigo. Se había puesto esa colonia amaderada que tanto me gustaba; se arrodilló frente a mí en el atrio y dijo las palabras precisas. Éramos muy jóvenes y estábamos muy enamorados. Teníamos tantos planes, que no podía recordarlos uno por uno. Decidí entrar para hallar un poco de sosiego. La inmensa puerta de madera crujió con un lamento y algunas palomas alzaron el vuelo; tal vez para no volver nunca más. Me detuve en el altar. Mientras rezaba un padre nuestro, recordé el último día en que vi a Manuel. Partió en su mula hacia los cafetales, me dio un beso y

me prometió volver antes del ocaso, pero jamás regresó. Lo busqué desesperadamente día y noche. Aguanté las habladurías de los imprudentes a los que no se les ha pedido consejo; unos decían que ya debía de estar muerto, otros ponían en tela de juicio el buen nombre del que tanto amé.

Me fui de Argelia el día en que se celebraban las fiestas de la Virgen del Carmen. Me largué de allí con las pertenencias que pude empaquetar en una vieja maleta de cuero, mientras las balas atravesaban las paredes de las casas y las mujeres lloraban a sus muertos.

Escuché pasos firmes que se acercaban a la capilla. Solo se me ocurrió entrar a la sacristía y cerrar la puerta detrás de mí. El lugar era húmedo y estaba repleto de telarañas. Me cubrí con una sotana polvorienta que encontré en el suelo y deseé hacerme invisible. Recordé que desde que Manuel desapareció nunca más le encontré sentido a nada, nunca pude enamorarme de nuevo. Tal vez continuar viva no tenía sentido tampoco.

Ahora estoy aquí en la sacristía, casi puedo sentir cómo me respiran en la nuca. Sé que pronto vendrán e intentarán derribar la puerta a culatazos y, entonces, habrá sido mi final.

# El café de todos los días

Manuela Cardona Jaramillo

Me despierto un día más. Es martes, o quizá jueves; realmente ya no importa. Apago la alarma y me levanto cansada, nostálgica. Abro la nevera; no hay leche, hace meses que no hay. Preparo un tinto; y mientras se enfría un poco, preparo un café para ti, como te gustaba, hirviendo y con un poco de leche. Veo a través de la ventana un día gris y siento que se avecina una discusión, porque sé que lloverá y tú no querrás llevarte un abrigo... cuántas veces insistí. Me pierdo en el árbol que me observa desde hace tanto tiempo, inmóvil, insensible, sin mostrar dolor alguno por la ausencia; y entonces pienso que está loco el mundo, por decir que los árboles sienten, por decir que las personas lo hacen también. Siento mis manos tensas y heladas, tan heladas como aquellos corazones indolentes que te arrebataron la libertad. Nunca le perdonaré a la vida haberte abandonado, nunca me perdonaré a mí misma la ausencia en el momento de tu muerte. Tu cuerpo cada día se pierde más en mis recuerdos, tan intensos y a la vez tan débiles, que pretenden escaparse hacia el olvido. Pero yo no quiero olvidarte. Me pregunto inútilmente dónde te encontrarás, si te asfixia la tierra o te aplasta otro cuerpo inerte, que también tiene una familia que lo busca en

vano. Me pregunto cuál habrá sido tu último pensamiento, o si tal vez piensas aún. Me estremece un calor furioso, casi hirviendo con solo pensar. Recuerdo, entonces, el café que te hice y vuelvo a la cocina; el tinto ya se enfrió. No tengo tiempo para calentarlo, se hace tarde. Abro tu ventana, recojo tus medias del suelo y miro alrededor: sigue allí el reloj que marca hora tras hora el retraso de tu llegada. No hay mejor excusa que la guerra para no llegar. Sobre la mesita, un libro que jamás leíste y, junto a él, la devuelta del último mandado. No puedo distraerme, se hace tarde y debo salir a comprar lo que me pediste durante años. Sí, nuevamente haré frijoles para el sábado, como te encantaban. Sé que cuando vaya a la plaza y pida una libra de arroz y diga entre dientes que es para hacer tu plato favorito, intentando despertar una gota de aflicción en el asesino, me mirarán de reojo. Sé también que pensarán que estoy loca, pero qué más da. Hace rato me dice la gente que debo seguir adelante, que pretenda que nada pasó, solo como consejo para sobrellevar la diaria tortura. Por eso me apresuro; se hace tarde y antes de salir, he de limpiar tu habitación y dejarte el almuerzo servido. Porque quizá hoy no vuelvas a llegar tarde.

# Modalidad Ensayo



# Ensayos ganadores



Primer puesto

# Reinventando la discapacidad

Vanessa Valenzuela Peralta

*Pon tu cara hacia el sol y no verás las sombras*

Helen Keller

Es mediodía y el sol brilla inclemente en el punto más alto del cielo. El aire es pesado, la avenida Oriental es una jungla de vehículos y gente sumergida en sus afanes. Entre el ruido, en medio de aquellos carros en movimiento, puede verse la figura de un hombre fornido sentado en su fiel silla de ruedas. Sus brazos son fuertes; su rostro curtido de sol y sudor luce agotado pero esperanzado. Se acerca sonriente y ofrece su mercancía: «Señorita, tengo estos dulcecitos, chicles y maní». No se siente aminorado. «Usted sabe, el que es trabajador se las ingenia», dice. Llevo un par de dulces; él agradece con un «Mi Dios le pague» y su silueta desaparece en el paisaje urbano con admirable destreza, al compás de las brazadas con las que impulsa las ruedas de su silla. Probablemente, si le preguntáramos a este personaje de la vida diaria si se considera discapacitado, su respuesta sería no. Esto tiene una explicación simple: lo que para

las personas que pueden dar uso a sus piernas es una discapacidad, para él se ha constituido en una fortaleza, un motivo para usar su ingenio y desarrollar múltiples potencialidades. Entonces, ¿es adecuado continuar usando el término discapacidad?

La Real Academia Española define discapacidad como: «Dicho de una persona: que padece una disminución física, sensorial o psíquica que la incapacita total o parcialmente para el trabajo o para otras tareas ordinarias de la vida». Etimológicamente, discapacidad se puede descomponer en el prefijo *dis-* que significa «inversión de la acción» y «capacidad» cualidad de «capaz» que se entiende por óptimo, apto o con talento para determinada acción. En palabras más simples, se podría decir que una persona con discapacidad es aquella que tiene dificultad en sus capacidades que pueden ser físicas o mentales. Este concepto, en el sentido estricto y apegado a la realidad puede decirse que es aceptable. Sin embargo, no se contaba con esa contradictoria, pero fascinante capacidad del ser humano de superar la adversidad y convertirla en sustrato para resurgir y ser fortalecido, llamada en las últimas décadas resiliencia; término que ha hecho visible una imagen positiva de la discapacidad y, definitivamente, ha obligado a reevaluar este concepto desde su interior.

Es innegable la creciente prevalencia de condiciones crónicas con secuelas físicas y mentales que tienen un impacto en el desenvolvimiento de las personas en su vida cotidiana; así como de síndromes genéticos y metabólicos que de igual manera tienen gran influencia en esos aspectos. Según cifras de Unicef, en 2013, 1 de cada 20 niños menores de catorce años vivía con una discapacidad moderada o grave, con las implicaciones que conlleva para su salud, crecimiento y desarrollo personal y social. Pese a que es una realidad, solo desde hace dos décadas se comenzó a hablar de inclusión e integración de las personas con discapacidad. Antes estas condiciones eran concebidas como anormalidades y, un término

que debo reconocer me causa profundo dolor: minusvalía —menor valor, en su sentido etimológico—. Entonces, estas personas debían ser atendidas, educadas y valoradas como tales. Pero es en este punto donde la reflexión es obligada: independientemente de sus condiciones asociadas, son personas y sujetos de derechos que merecen un trato igualitario y equitativo. Y es espectacular cómo, con el impulso de la historia y la sensibilización en torno a este tema, se ha reinventado el concepto de discapacidad en la sociedad.

Hellen Keller, a quien cito al inicio, fue la primera persona sordo-ciega en obtener un título universitario. Ella ejerció gran influencia académica y política como oradora y escritora, en una época decisiva en la historia de la humanidad, la Primera Guerra Mundial. Igual que ella, existen muchos ejemplos que no alcanzaríamos a mencionar; algunos famosos y otros no; sencillos en la cotidianidad de la vida, como nuestro personaje en silla de ruedas que no ve limitaciones y sorteja la difícil calle para seguir trabajando. Es así como la discapacidad se ha redefinido y ya no podemos referirnos a esa «incapacidad total o parcial para las actividades ordinarias de la vida», porque ellos han sido mayores que esas dificultades y nos han demostrado que existen innumerables maneras de hacer las tareas ordinarias de la vida —incluso las extraordinarias—. Y es que entender que un cromosoma de más o de menos, la ausencia de una extremidad o la pérdida de su función y percibir el mundo con otros sentidos no les confiere menos valor. Por el contrario, les da la seguridad de que tendrán retos mayores para los cuales, como por una divina providencia, han sido dotados: paciencia para esperar la igualdad; resiliencia para usar la adversidad como sustrato para crecer; esperanza para ver un futuro promisorio; admirable humor y gratitud para reír en la dificultad y mantenerse íntegros, sensibles, humildes y honestos. De aquí que invenciones como el braille —sistema de lectoescritura táctil ideado por el francés, Luis Braille quien perdió la visión en un accidente en el taller de su

padre— y el lenguaje de señas sean ejemplo de que definitivamente no hay tal discapacidad, pues existen maneras diferentes, creativas y válidas para aprender y desarrollarse, además de las tradicionales.

Finalmente, queda más que en evidencia que el término discapacidad no tiene un uso adecuado en la sociedad actual. Las personas que redefinen sus capacidades están trazando un nuevo rumbo hacia la igualdad y están cambiando los paradigmas en los que por años los encasilló la «minusvalía» y la «invalidez». Estas personas se enfocan en sus crecientes habilidades; las que les dan ahora la fuerza y el valor para decir, como Robert M. Hensel, con espina bífida y Récord Guinness de recorrido en silla de ruedas: «No tengo una discapacidad, tengo una habilidad diferente».

Segundo puesto

# Traspasando fronteras

Sebastián Sepúlveda Montoya

¡Miserables, buenos para nada, vagabundos! les dicen muchos entre dientes cuando pasan por su lado; otros ni los miran. Quizá se creen de mejor clase y no ven allí una persona, sino un pedazo de basura al que pueden despreciar y hacer sentir mal. Muchos de los habitantes de la calle traen consigo una historia, una realidad que la mayoría de las personas pasa por alto. Prejuicios que les niegan una identidad y una vida a quienes ni llegarán a conocer. Quizá por miedo a que les hagan daño, por desprecio a lo que es y lo que nunca será. Quizá por muchas otras razones que, en vez de crear y construir una mejor sociedad, siguen contribuyendo a que perdamos de vista nuestra humanidad, a que nos perdamos del privilegio de sacar de la miseria a un hombre, mujer o niño que no tuvieron la suerte de nacer bajo un techo y con un pan en la boca.

Solo vemos lo que queremos ver, lo que socialmente se ha construido y en lo que nos basamos para vivir nuestra vida. Se dice que son sucios, desagradables, maleducados, enfermos y muchas otras

cosas que no tienen razón de ser. No nos detenemos un momento a pensar en qué fue lo que llevó a esa persona a esa condición. Muchos no tuvieron opción, nacieron condenados a cadena perpetua desde que dieron su primer suspiro y su primer llanto; y quedaron atrapados en las calles sin un padre o una madre que les pudiera prestar la suficiente atención. Quizá no contaban con el dinero ni los estudios ni un diploma para poder trabajar, ni el apoyo de una familia para sobrepasar las dificultades y salir de las calles, de las drogas y de muchas otras cosas que a muchos termina por arrebatárles la vida, o llevándolos a cometer errores de los que ni se acordarán o con los que cargarán por el resto de sus vidas. Quizá en una cárcel, en un hospital o en la calle.

Muchos viven escondidos entre sus títulos, sus estudios y sus cosas materiales y dejan a un lado la necesidad de ser felices, de ayudar y trabajar para traspasar las fronteras de lo tangible y ver más allá de las estadísticas o lo que las demás personas dicen.

Es cierto que muchas personas en situación de calle cometieron muchos errores y terminaron recogiendo comida de un bote de basura, suplicando una moneda o un pedazo de pan porque tienen hambre y hace días no comen. Algunos quizá no lo hacen con esa intención y solo quieren seguir sumergidos en las drogas y causándoles problemas a las personas inocentes que no tuvieron la culpa de su suerte. Pero, el simple hecho de ser seres humanos nos hace ya defectuosos y no siempre vamos a tomar las mejores decisiones. No todos tenemos las mismas facilidades ni la astucia ni el coraje para luchar por lo que queremos o solo para salir de la calle, un mundo al que la mayoría de las personas que nunca han vivido en ella, le temen y no quisieran nunca caer en sus garras.

Nacer o morir, ganar o perder, nadar o quedarme en la orilla con miedo, correr o esperar en la cama a que me sirvan un plato de comida. Nuestras vidas están ligadas a nuestras decisiones; a cada

desventura que padecemos día tras día y que nos exige una respuesta o que, simplemente, nos dejemos golpear por los infortunios de la vida y nos rindamos sin haber intentado antes superarlos. Vivimos una batalla constante para seguir con nuestra existencia, esperando a que llegue la noche y que pasen un par de horas más para volver a levantarnos y continuar un nuevo día, en el que muchos siguen su camino hacia la miseria y otros intentan abandonarla. Muchos otros luchan por que nunca llegue.

Estamos en un punto en el que la vestimenta nos habla de un delincuente o un bueno para nada. Calificamos sin saber quién se encuentra detrás de ese rostro, detrás de esa mirada que puede confundir. Quizá la veamos alegre, pero quizá en su interior aquella persona se encuentre padeciendo un infierno, un caos que no le permite pensar con claridad. Nos hemos olvidado de brindarles la oportunidad de ser escuchados a todos aquellos desafortunados. Nos hemos olvidado de que son personas y merecen respeto y, al igual que todos nosotros, una segunda oportunidad.

La vida es solo una. Tal vez para otros continúa después de la muerte, después de ese viaje del que nadie ha vuelto para contar qué hay más allá, ni con quién nos vamos a encontrar. Por ello, cada minuto se vuelve una oportunidad para poder conocer a las personas que yacen en las calles pidiendo un poco de ayuda, un trozo de pastel para saciar un hambre agonizante. Hambre que, en muchos casos, sacian con drogas, alcohol y muchas otras sustancias que con el pasar de los días continúan destruyendo familias, hogares que eran muy felices y que terminan en la miseria; personas que lo tuvieron todo, pero no tomaron buenas decisiones ni contaron con el suficiente apoyo para poder sobrepasar las adversidades.

Creemos que lo material es símbolo de amor y que dando cosas materiales ya hemos hecho suficiente para que nuestros hijos, nuestra familia o un habitante de la calle se sientan felices. La

felicidad va más allá de lo material; la esencia de la vida es conocer lo que nos hace realmente humanos, nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestras lágrimas, que muchas veces no derramamos tan solo por demostrar que somos fuertes y que nada nos afecta, cuando por dentro el dolor y el sufrimiento nos consumen lentamente. La sensibilidad, el amor por el otro no significa que seamos débiles; todo lo contrario, cuando aprendemos realmente a amar es cuando podemos encontrar la felicidad. Para ello, no todo tiene que ser de color rosa; la vida siempre se está tambaleando de un lado oscuro a otro más claro y feliz.

Nada se puede alcanzar en toda su plenitud; cada persona vive y se expresa de diferente manera, según las emociones que reflejen su rostro y los sentimientos que expresen sus palabras, sus gestos, sus detalles. Traspasar las fronteras de lo que hasta ahora no hemos podido observar quizá no lleve a un cambio inmediato, pero sí puede ser el comienzo de un camino en el que el más desafortunado pueda sentirse que es una persona valiosa, que independientemente de sus errores y su pasado, pueda tener una segunda oportunidad para surgir de entre la miseria y los prejuicios sociales.

# Menciones



# Los otros

María Antonia Roldán Yepes

Uno de los más grandes males de la humanidad es la ignorancia. Nos condena, entre otras cosas, al odio y al miedo y nos impide convivir con lo diferente. La ignorancia gesta la discriminación. Gesta distancias entre ese terreno cotidiano, conocido y «seguro» y ese mundo difuso y bárbaro de lo aún desconocido. Gesta distancias entre nosotros y los otros.

Nosotros se refiere a aquellos con los que hemos establecido lugares comunes que pueden surgir de cosas tan cotidianas como las costumbres, pueden extenderse al mundo de las ideas y del entendimiento o, incluso, al mundo de la fe y al de la imaginación. Ser nosotros puede significar, para muchos, tener un nombre: pertenecer a una comunidad y que esta, a cambio, te dé una identidad, que por fuerza te excluye de otras comunidades, otros nombres y otras identidades. Esta sensación de pertenencia y de tener un lugar en el mundo ha tenido un papel de suma importancia en la historia de la humanidad, pues el humano como ser social requiere y desea un grupo que ha de ser su sostén y su familia y, por tanto, una grandísima parte de su existencia. El cómo lo perciban en el grupo necesariamente determinará cómo se percibe a sí mismo el individuo en el mundo y qué lugar ocupará en ese mundo como destino de su existencia.

Este concepto del hombre como ser social se hace evidente en el caso del chamanismo y el vudú. Las sociedades de mayor predominio de pensamiento mágico entienden el mundo en buena parte mediante la magia. Esta les da orden y sentido a los fenómenos y les confiere a las personas una herramienta —considerada en la modernidad occidental como artificiosa y falaz— para hacer frente a ese mismo mundo y a sus desafíos, como son los fenómenos naturales, de otra forma incontrolables o la enfermedad —asimismo en ocasiones incontrolable—. Cuando un individuo se ve maldito —por un chamán o una figura similar—, al ser la magia la que explica el mundo, asume como irremediable e ineludible su maldición y también así la asume la comunidad, que lo aliena y sabe perdido. Por obra del rechazo, la repentina no pertenencia a la comunidad, y por su propio convencimiento de verse maldito, pronto empezaría a presentar rasgos de la «maldición»: enfermedad, delirio, y muy probablemente la muerte.<sup>1,2</sup>

Quizá a sabiendas de este deseo íntimo y profundo de pertenecer, los líderes políticos, a lo largo de la historia —y remarcablemente en la historia reciente—, han elaborado un discurso alrededor del nosotros; pero ese discurso muchas veces —por no decir siempre— implica a unos otros que se pretenden enemigos, o el ejemplo de lo inmoral e indeseable. Según se ha teorizado, entre las muchas acepciones que propone el *Diccionario de política*, «la nación es concebida como un grupo de hombres unidos por un vínculo natural, y por tanto eterno».<sup>3</sup> Este vínculo configura la base del poder político, que propone para esta nación una bandera que la cobije, con lo que pretende darle una identidad que una al grupo de hombres mencionado en pos de un aparente objetivo común. Bajo esta clase de preceptos, las personas son llevadas a la guerra, son exaltadas para revoluciones, impulsadas a exigir reivindicaciones, alentadas a sostener resistencias, compelidas a ofrecer cuanto de bien poseen para la prosperidad de la nación y, como nos concierne en esta ocasión, animadas a odiar al vecino.

Este vínculo, que para los que lo poseen propone una identidad y la pertenencia a un grupo, indefectiblemente viene de la inseguridad de creerse solo y vulnerable; así que para que este germine en tierra fértil, hay que sembrar el miedo.

Ahora, el mismo diccionario antes mencionado, continúa: «la idea de un vínculo natural´ sugiere inmediatamente la idea de raza».<sup>3</sup> Con esto, identificamos directamente una característica primordial del fascismo y del nazismo, que se escudan en la pureza de la raza y en la superioridad de sus respectivos pueblos para ser los dominadores de los alrededores.

Una nación en crisis, agotada, amedrentada y vilipendiada es una nación que probablemente tendrá no solo miedo del futuro, sino resentimiento respecto a su pasado y a sus congéneres. Esta es la tierra fértil para el odio que encontramos en la Alemania del periodo de entreguerras. El nazismo allí «propone a los alemanes una regeneración nacional mediante la creación de un Estado totalitario con base racista» y afirma que «solo los que son de sangre alemana pueden ser ciudadanos. [...] Deben quedar excluidos los judíos, cuya traición es la única explicación de la derrota alemana en 1918».<sup>4</sup> Se buscan culpables en un grupo no nuclear de la sociedad, con el que muchos de los ciudadanos no se sentirán identificados. Los ciudadanos, por su parte, ignoran que la derrota alemana no fue culpa de los judíos y temen que la «decadencia» que ellos representan los arrastre a la miseria.

En Estados Unidos se dio, unas décadas más tarde, una situación similar: el macartismo. Este «coincide con el periodo inmediatamente posterior a la victoria de la revolución china y al estallido de la primera atómica soviética (1949)».<sup>3</sup> Por lo que se alimenta del miedo al comunismo para dar comienzo a despiadadas purgas que se llevaban a cabo con partes de irracionalidad comparables a la de las cazas de brujas de la Inquisición. Para este caso, el senador McCarthy, artífice de esta política, aseguraba que «Las derrotas

norteamericanas en política exterior sólo podían explicarse por la infiltración en el aparato estatal de espías y agitadores comunistas y de sus simpatizantes», con lo que justificó así la necesidad de eliminarlos. Pero, a su vez, con estas afirmaciones eximió de toda culpa de las derrotas norteamericanas a su «gran nación», que por fuerza debía ser superior.<sup>3</sup>

El miedo, irracional e impalpable, puede tomar la forma de ansiedad, y esta puede tomar la forma de compulsión, al menos en el caso de un neurótico, según lo entiende Freud. En *Tótem y tabú*,<sup>2</sup> los neuróticos presentan, en sus compulsiones y en sus obsesiones, un fenómeno semejante al del tabú:

El significado del tabú se nos explicita siguiendo dos direcciones contrapuestas. Por una parte, nos dice «sagrado», «santificado»; y, por otra, «ominoso», «peligroso», «prohibido», «impuro». Lo opuesto al tabú se llama en lengua polinesia «*noa*»: lo acostumbrado, lo asequible a todos. Así, adhiere al tabú algo como el concepto de una reserva; el tabú se expresa también esencialmente en prohibiciones y limitaciones. Nuestra expresión compuesta «horror sagrado» equivaldría en muchos casos al sentido del tabú.<sup>2</sup>

Esto es comparable, en los neuróticos, a un miedo inexplicable que sienten ante la perspectiva de fallar en sus rituales cotidianos. Este miedo puede ser a consecuencias concretas o a consecuencias tan inespecíficas como la razón de su miedo. Sin embargo, como también explica Freud, por más que la razón no les dé explicación, el «horror sagrado» persiste.<sup>2</sup> Pero me atreveré, en este punto, a una conclusión: este mismo miedo, inespecífico, quizá irracional, pero fuerte e ineludible, puede ser aquel al que apelan quienes desean sembrarlo en los pueblos. Y proponen ante él un paliativo semejante al practicado por los obsesivos: «no permitamos que nada cambie; que se conserven las buenas costumbres que nos salvaguardan». Nuestras sociedades no solo contienen neuróticos. Tenemos sociedades neuróticas en sí mismas.

Es posible relacionar la culpa impuesta por el macartismo y por el nazismo sobre los otros con otro de los aspectos analizados por Freud en su libro *Tótem y tabú*.<sup>2</sup> El tabú, según la definición anterior, era un objeto o ente prohibido; y era tal, porque se creía que su carácter impuro o sagrado debía tener la capacidad de corromper o imbuir de una fuerza irresistible —y por tanto peligrosa— a aquello que entrara en contacto con él. Podemos trasladar esta idea a la contaminación por contacto, al convivir con aquello que es considerado sucio, desagradable, maldito, perdido. Aceptar en el terreno propio aquello que puede contagiar de su desgracia es un peligro. Necesariamente esta fuerza maligna sería más fuerte que el frágil bien propio; por lo que hay que resguardar ese frágil bienestar a toda costa y alimentarlo solo de lo bueno y «puro». Este contacto con lo puro también implica mantener una pureza que exige la no variación de lo que ha estado allí siempre. Lo tradicional asume la acepción de lo puro, por lo que no hay lugar a lo nuevo y ajeno. Estas supersticiones, como las planteó Freud en sus ensayos, son amuletos contra la desgracia.

\*\*\*

En los albores de la conciencia, el hombre se despertó y llegó a él la idea de que estaba angustiosamente solo. Esta epifanía es el germen del pensamiento mágico y espiritual, pues en este momento, enterrado en las profundidades del tiempo, surge una imperiosa necesidad de prefigurar un padre o madre, que sea protector y jefe y que, por tanto, asuma el rol de cuidador amoroso; pero también el de poder ineludible que castiga cuando hay una transgresión. Este poder superior se trasladó a lo largo de la historia de la humanidad desde los elementos y los eventos de la naturaleza —en principio muy asociadas a la figura materna— hasta figuras cada vez más antropomórficas que se fueron amoldando a la imagen de un Padre —en el caso de las religiones monoteístas modernas, principalmente—. Esta figura se encuentra ahí para guiar al pueblo que lo venera; aun si esta guía requiere castigo —inundaciones,

sequías, hambrunas, enfermedad—, finalmente, le da sentido y orden a la existencia humana.

Este ente autoritario es representado, al menos en parte, en el líder que asume posiciones totalitarias y «paternales» —desde lo punitivo y omnipresente—, pero también se refleja esta idea del Padre en la misma nación —a la que constantemente se refiere como «la madre patria»—. Este líder y esta nación que funcionan como padres le dan una identidad al pueblo en cuestión —identidad que funciona en parte como el tótem de Freud—, aun cuando el pueblo mismo no puede reconocer por sus propios medios una identidad propia e independiente de una identificación artificiosa.

No se puede dar una identificación excluyente y bien establecida dentro de una misma nación, porque las naciones son supremamente multiculturales y polimorfas. No se da una identificación por la lengua, pues una nación puede tener varias lenguas oficiales —y no oficiales—, o puede compartir lengua con otras naciones lejanas. No se da una identificación en las costumbres, porque estas pueden ser disímiles en distintas partes de un mismo país, pero muy parecidas tras la frontera vecina. No se da una identificación por rasgos físicos, a menos que se elija expulsar a grupos minoritarios. Incluso la identificación intelectual será cuando mucho ilusoria, pues aquella que aparezca muy extendida probablemente responda al adoctrinamiento, o bien a una intelectualidad universalizada y, por tanto, no exclusiva de una nación.

Sin embargo, las personas optarán por identificarse con cualquier rasgo que les ofrezcan, con tal de pertenecer; con tal de mitigar la sensación de soledad. Hay, por el contrario, una identificación con aquel otro que es percibido como fuerte, beneficioso y, de alguna manera, «universal». El extranjero rico es bienvenido porque no está en desgracia; no viene a pedir, sino a dar; trae consigo el pasaporte del dinero que le permite hablar todos los lenguajes y ser aceptado en todas las culturas, pues se supone que dejará tras de sí algo de su

bienaventuranza. Así, esta clase de extranjero deja de ser el otro y parece compartir, gracias a su buena circunstancia, lo que nosotros tenemos de «bueno». Así se convierte en una especie de ciudadano del mundo. Entre tanto, el pobre es rechazado. Y más aún: el pobre local, el que por el supuesto derecho que cobija a todos los ciudadanos debería ser acogido por la comunidad, es negado, silenciado, vilipendiado y usualmente alienado.<sup>5</sup>

El capitalismo propicia este tipo de trato hacia el pobre, pues en la manera como están propuestas la economía neoliberal y el sistema político general, se parte de que el trabajo arduo debería bastar para sobreponerse, adquirir dinero y posición social, por encima de otros factores. Es muy evidente que esto no sucede así, pues en países como el nuestro se requieren numerosas generaciones de ese trabajo arduo antes de que una familia salga de la pobreza. El nuestro es un país tremendamente desigual, en el que gran parte de las tierras y las riquezas están en manos de unos pocos que perpetúan el sistema que los enriqueció; lo cual alimenta este tipo de prejuicios y se aprovecha de la ignorancia y del miedo a los otros y a lo ajeno para perpetuarse en el poder.

La filósofa española Adela Cortina expone un raciocinio análogo al describir el término aporofobia: «Es la fobia hacia el pobre la que lleva a rechazar a las personas, a las razas y a aquellas etnias que habitualmente no tienen recursos y, por lo tanto, no pueden ofrecer nada, o parece que no pueden hacerlo».<sup>5</sup> Adela Cortina explica, además, que parte de la razón por la que el pobre desagrada a quien vive con bienestar es porque en medio de la sociedad de consumo entendemos la felicidad como la comodidad y como bienestar hedonista. Esta huida de la incomodidad propicia que no haya nunca una pugna —también incómoda— por la justicia, pues esta implica exigencias y, por tanto, esfuerzo.<sup>5</sup> Por esto, Cortina propone que la concepción de la felicidad debe incluir la idea de justicia, pero aún más, la de la compasión, para hacer de la justicia una idea que vaya

más allá de las leyes y se ocupe realmente de la dignidad humana. Si fuéramos seres compasivos, y realmente asimiláramos y reconociéramos al otro en toda su condición, podríamos sentir esta compasión e, incluso, camaradería. Con esto, daríamos pasos para eliminar tontos patriotismos y nacionalismos que tan solo delimitan fronteras; pero, más importante aún, contribuiríamos a una sociedad más justa. Porque, como dice Adela Cortina, «Quien respeta activamente la dignidad de la otra persona difícilmente se permitirá dañarla».<sup>6,7</sup>

Hay una gran barrera que, como sociedad occidental, nos condiciona mucho en este cambio tan necesario. Tenemos una profunda arraigada herencia del cartesianismo, que propone al sujeto como punto de partida del universo. La concepción cartesiana y renacentista plantea que el sujeto insufla de existencia al mundo que lo rodea al intelectualizarlo y hacerlo cognoscible, lo que lo imbuje en teoría de un gran poder, según el cual el propio sujeto que percibe el mundo —uno mismo— es lo único realmente indispensable para la existencia misma, erigiéndonos en nuestra mente como una consciencia única y sola.<sup>8</sup>

Siendo así, los ejercicios de empatía y compasión parecen carecer de sentido. Si nuestra consciencia está sola, y de ella parte el mundo, no hay por qué ocuparse del sufrimiento ajeno. Pero debemos superar esa barrera y comenzar a asumir en nosotros el sufrimiento de los otros, para finalmente eliminar el abismo que nos separa. Más aún, debemos renunciar a la sensación narcisista de que el mundo acaba allí donde dejamos de entenderlo, y asumir que el mundo también reside y se erige desde cada uno de estos seres que optamos por alienar.

Porque, si no hay características que verdaderamente nos identifiquen como parte de una nación excluyéndonos de otra, y siendo ya imposible ignorar la globalización de la que somos parte, ¿no es irrisorio pretender erigir aún fronteras y muros donde no hay cimientos para ello? Somos enormemente más parecidos a los otros de lo que a veces en medio de nuestra vanidad, o de nuestra igno-

rancia y miedo, queramos creer. Y aquello en lo que no coincidimos no tenemos el «derecho» de modificarlo en el otro. En nuestro afán por hacer que el mundo se haga a nuestra imagen y semejanza, a la manera renacentista, procuraremos muchas veces imbuir al otro de lo que creemos correcto; y aquello que creeremos correcto lo veremos como tal con tanta firmeza y convencimiento, que haremos de ese precepto, del que nos adueñamos, nuestro principio y filosofía de vida. Esto, sin detenernos a pensar que ese ideal que tanto nos define en realidad está profundamente arraigado en esas experiencias que lo han forjado y que, por tanto, difícilmente resonará en otra persona, cuyas vivencias difieran de las nuestras.

Se nos dirá que la religión o el sistema político y social del vecino son los gérmenes del mal, pero a lo mejor no son tan diferentes a los nuestros —y todos los sistemas resultan malos, sin distinción—. Se nos dirá que la forma de vivir de los otros es inmoral, pero la moralidad está sujeta a un conjunto de normas adheridas a una sociedad que, por tanto, hacen de esta una moralidad heterónoma —proveniente de un ente externo, no autónoma— con la que muy probablemente no todos los grupos se puedan identificar. Y se nos dirán, asimismo, muchas otras cosas por el estilo, en detrimento de la imagen de los otros, pero debemos sobreponernos a todo lo que pretenda dividirnos en nosotros y los otros, pues necesariamente es artificioso y una herramienta más de los regímenes políticos y sociales, útil para conservar una fértil enemistad, que sirve solo a los propósitos de la codicia y la sed de dominación y poder.

## Referencias

1. Lévi-Strauss C, *Antropología estructural*. 2.<sup>a</sup> ed. Barcelona: Paidós, 1995.
2. Sigmund Freud. *Tótem y tabú y otras obras*. Argentina: Amorrortu, 1998.
3. Bobbio N, Mateucci N, Pasquino G, Aricó J, Soler M, Tula J et al. *Diccionario de política*. 10.<sup>a</sup> ed. México: Siglo Veintiuno, 1997.

4. Bernstein S. *Démocraties, régimes autoritaires et totalitarismes au XX siècle*. Barcelona Ariel; 1996.
5. Cortina Adela. «No hay felicidad sin compasión». *Otras Voces en Educación* [Internet], Argentina, 2018. Disponible en <http://otrasvoceseneducacion.org/archivos/271409>.
6. Cortina A. «La patología del odio». *El País* [Internet]. 2017 [citado 18 julio 2019]. Disponible en: [https://elpais.com/elpais/2017/03/16/opinion/1489679112\\_916493.html](https://elpais.com/elpais/2017/03/16/opinion/1489679112_916493.html).
7. Sánchez Pachón J. Adela Cortina. «El reto de la ética cordial». *Brocar Cuadernos de Investigación Histórica* [Internet]. 2015;(39):397-422. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5257685.pdf>.
8. Talavan R. *Descartes*. Barcelona: Planeta DeAgostini, 2007.

# Enfermos de olvido

Juan José Fierro Martínez

*Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas  
ni los cataclismos, ni siquiera las guerras  
eternas a través de los siglos y los siglos han  
conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida  
sobre la muerte*

Gabriel García Márquez

Al *Homo sapiens sapiens* se le ha provisto de inteligencia superior a la de cualquier especie conocida. Se adaptó a los diversos ambientes del mundo sin hacer cambios fisiológicos mayores; no obstante, la teoría darwinista permanece vigente y ha sido el mismo hombre quien se ha encargado de incitar la evolución del pensamiento a lo largo de los años. La historia es la ciencia que recopila esta evolución y su valor máximo radica en la propuesta que ofrece, desde el pasado al futuro, un cambio de perspectiva.

La campaña sangrienta de la colonización, las guerras independentistas, las grandes dictaduras del siglo xx y los conflictos armados del siglo xxi son muestra clara de la necesidad histórica de la per-versión en América Latina. En Colombia, las amenazas de diversa índole se presentan anacrónicas en doscientos nueve años y aún

pareciera que no hemos pagado la deuda de sufrimiento que se nos impuso en algún momento.

La memoria individual es una capacidad que se obtuvo con la cerebración de las especies y comprende un complejo proceso de selección. Los sentidos captan una gran cantidad de estímulos que deben ser censados para descartar algunos y fijar otros; así guardamos en la memoria solo lo relevante para nuestro subjetivo cerebro. El concepto de memoria colectiva fue establecido por Maurice Halbwachs bajo la influencia de Durkheim, uno de los padres de la sociología. Esta teoría planteaba que la historia no es todo el pasado, pero tampoco es todo lo que queda del pasado; existe un conocimiento que se transmite a través de las generaciones de manera social y repercute directamente sobre la memoria y la acción del individuo del presente. Este tipo de memoria intenta explicar la génesis de un pensamiento colectivo que se reformula en la continuidad del tiempo; en otras palabras, los flagelos y los éxitos del ayer continúan intrínsecos en la memoria del hoy, así como esta permanecerá en la memoria del mañana.

La necesidad de preservar la historia y la memoria colectiva es fundamental en una nación, como anotaba Burns: «La historia es cuestión de supervivencia. Si no tuviéramos pasado, estaríamos desprovistos de la impresión que define a nuestro ser». En los últimos años, en Colombia se han iniciado proyectos con esta finalidad; uno de ellos fue la creación del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en 2011. Como la anota la entidad, los diversos informes que publica «no son una narrativa sobre un pasado remoto, sino sobre una realidad anclada en nuestro presente».

En el informe Basta ya. Colombia: Memorias de guerra y dignidad, publicado en 2013 por el CNMH, se citaban los esfuerzos de las víctimas por mantener la memoria colectiva de lo que se había vivido, de esas historias que sucedían pero que nadie contaba por el silencio absoluto que instauró la guerra. Acerca de esto, anotaba el CNMH:

En medio de las balas o de las treguas, las comunidades, en muchas ocasiones alentadas y acompañadas por organizaciones defensoras de Derechos Humanos, resguardaron y conservaron objetos, imágenes y textos para asegurar algún mecanismo de rememoración. También bordaron, cantaron, escribieron, teatralizaron y documentaron sus experiencias para rendir tributo a sus muertos y asegurar que el olvido no hiciera efectivo el designio de destrucción que quisieron imponer los victimarios.

Debemos comprender que la memoria y el recuerdo no son términos semejantes. Recordar es mucho más. Según el diccionario de Corominas, la palabra proviene del latín *recordari*: re (de nuevo) y *cordis* (corazón), por lo que etimológicamente significa «volver a pasar por el corazón». Es una obligación histórica recordar, más que tener en la memoria, las doscientas veinte mil almas que se le arrebataron a la realidad colombiana en el siglo pasado, miles de historias que terminaron prematuramente, en el inicio, nudo o desenlace del fuego de esta vida. Como enunció Abad Faciolince en *El olvido que seremos*: «Lo que se escribe con sangre no se puede borrar».

Contrario a la memoria y el recordar, aparece el olvido. Olvidar significa perder una parte de nosotros, algo de aquello que nos formó como individuos y sociedad; perder lo que somos. Este fatídico desenlace abunda en la modernidad, estamos enfermos de olvido. Sería imposible abarcar todas las situaciones que confirman la gravedad de nuestra enfermedad; sin embargo, anotaré dos ejemplos contundentes que lograron sensibilizarme acerca del olvido.

En el texto *Memorias en tiempo de guerra: repertorio de iniciativas*, publicado por el grupo de memoria histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, se narra la historia de las madres de la Candelaria, mujeres que todos los miércoles y viernes al mediodía, regresan al atrio de la Iglesia Nuestra Señora de la Candelaria en el centro de Medellín y que con fotos y consignas

de familiares asesinados, desaparecidos o secuestrados permanecen en su lucha por combatir el olvido y la indiferencia, que son regla en Colombia. Los padres que salieron y no regresaron; los hijos que defendían a la patria y no volvieron; todos tienen un espacio de remembranza por las madres de la Candelaria.

Quizá la gravedad de nuestra enfermedad haga que nos suene ajena y lejana la historia anterior; por eso, en búsqueda de una sensata reflexión, anotaré un hecho aún más cercano a la cotidianidad de nuestras vidas: Hace algunos meses, en una didáctica propuesta en medio de una conferencia, el expositor proyectó imágenes de más de veinticinco lugares y contextos diferentes del mundo. Incitaba al público a participar narrando la verdadera historia detrás de las imágenes. Todas correspondían a hechos recientes y conocidos relacionados con los grandes problemas actuales; sin embargo, ninguno fue capaz de narrar la historia. Algunos insinuaban haberlo visto, escuchado, pero todos habían olvidado de qué se trataba. Se habían olvidado del mundo en el que viven, pues su inteligencia suprema no le daba relevancia a aquello que sucedía frente a sus ojos.

Es contranatural que el hombre, dotado de memoria e inteligencia, olvide aquello que influye en su vida. No obstante, la explicación más factible radica en el uso del olvido como mecanismo de defensa frente a la macabra realidad, que pareciera sacada de los cuentos más oscuros de Poe. Recordar duele, por lo tanto, intentamos evitarlo. Seguramente, olvidar miles de asesinatos, violaciones, torturas y desmanes se presenta fácil en el objetivo de suprimir el dolor. Nos hemos convencido de que olvidar es mejor que perdonar; lo malo nos parece ajeno, pues si no lo reconocemos como nuestro, nunca podrá afectarnos, no lo podremos sentir.

En Colombia, teniendo claro que aún no logramos una utopía de paz, debemos entender que el olvido no está solo en la demencia de los Buendía de Macondo, también en la vivencia de lo cotidia-

no, en la historia de la realidad que parece no interesarnos bajo nuestra percepción plagada de indiferencia. ¿Por qué si exigimos un cambio, no reflexionamos activamente en aquello que lo motiva? ¿Por qué al identificar el problema, no lo sentimos como nuestro? ¿Por qué olvidamos el sufrimiento cuando lo tenemos a la vuelta de la esquina?

Saramago, en *Ensayo sobre la ceguera* nos advertía del olvido de la sociedad moderna: «Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven». Somos, entonces, la realidad de Macondo, donde todos morimos en vida enfermos de olvido. Perdemos lo que fuimos y no sabemos ni quienes somos ni quienes queremos ser. Como individuos y como sociedad nos exponemos a cometer los mismos errores del ayer por la intransigencia que nos regala nuestro refugio de indiferencia.

Por último, ya conociendo el diagnóstico y lo crítico de la enfermedad, es imperioso anotar la responsabilidad del individuo en la búsqueda de una cura, sí, una cura para el olvido. Así, debe plantearse una revolución de lo cotidiano, romper los paradigmas que fomentan la indiferencia y mostrarse interesado por el futuro. El renovado discurso de lo cotidiano se hará visible e importante, la memoria colectiva del mañana se verá impregnada por los esfuerzos del presente y las nuevas generaciones recordarán el poder del terror como un espectro del pasado. Esta revolución, por insignificante que parezca, puede guiar a la tierra del olvido hacia la tolerancia y el progreso.

En 1982, Gabriel García Márquez, el único Nobel colombiano, sentenciaba la posibilidad científica que surgió en el siglo XX acerca del final de la historia humana:

[...] Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer

que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

La reducción de la brecha entre la realidad y la utopía está en la capacidad de recordar el pasado, abrir espacio en nuestro armario para los sufrimientos del ayer, permanecer lúcidos ante el presente lóbrego y proponernos un ideal a futuro de la realidad que supere la magia de la poesía. La invitación es a enfermarnos de recuerdos y amor.

## Bibliografía

- Alba González, Martha de. «Teorías en diálogo: representaciones sociales y memoria colectiva». *Iztapalapa. Rev. cienc. soc. humanid.* [online]. 2016, vol. 37, N.º 80 [citado 13 nov 2019], pp. 131-151. Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S2007-91762016000100131](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-91762016000100131).
- Centro Nacional de Memoria Histórica. ¡Basta ya! *Colombia: memorias de guerra y dignidad. Informe general grupo de Memoria Histórica.* [Internet]. 2.ª ed. Colombia. 2013. [Citado 13 nov 2019]. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/descargas.html>.
- Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. *Memorias en tiempo de guerra: repertorio de iniciativas.* [Internet]. Colombia: Puntoaparte Editores, 2009. [Citado 13 nov 2019]. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/informes/publicaciones-por-ano/2009/memorias-en-tiempo-de-guerra>.

# Datos biográficos de los autores

## Andrea Foronda Obando

Soy Andrea Foronda Obando. Tengo 21 años. Estudio Medicina en la Universidad de Antioquia, actualmente me encuentro cursando el noveno semestre de la carrera. Me apasionan los idiomas, especialmente el inglés y el francés. Amo los delfines y las iguanas. Me encanta el limón con sal. Me llena de curiosidad saber el porqué de las cosas y entender cómo funcionan. En mi tiempo libre me gusta pintar con acuarelas, tejer crochet y nadar. Soy un poco obsesiva-compulsiva (todo el que me conoce lo puede asegurar). Uno de mis más grandes sueños es ser parte de una misión de Médicos sin Fronteras.

## Sebastián Rivera Isaza

Sebastián Rivera Isaza, psicólogo de la Corporación Universitaria Minuto de Dios y actual estudiante de pregrado de Medicina. Nace

en Bello el 28 de agosto de 1995, pero en su registro civil reza que nació en Medellín. Siempre se presenta como orgulloso bellanita, pues considera al municipio como cuna de artistas; aunque no se considera como tal, cree firmemente que el arte puede salvar vidas y sueña con poder usar esta creencia para ayudar a sus pacientes.

## Julio Ernesto Toro Restrepo

Nació en Bogotá el 21 junio de 1947. Médico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia en 1974. Egresado de Gerencia Hospitalaria de la Universidad Eafit, exmpleado del Hospital San Vicente de Paúl, Medellín, y jubilado desde 2016.

## Isabela Duque Schweizer

Nació el 11 de diciembre de 1996 en Medellín. Hija de un cirujano general y una enfermera. Tiene una hermana melliza llamada Juanita, quien se encuentra finalizando su formación en Medicina Veterinaria y Zootecnia. Estudió en un colegio de Rionegro, Antioquia, donde se graduó como bachiller en 2014. Actualmente, cursa décimo semestre de Medicina. Siempre le interesó el área de biología, lo que la motivó a elegir una carrera del área de la salud. En su tiempo libre disfruta el cine y los cuentos de autores latinoamericanos.

## Manuela Cardona Jaramillo

Mi nombre es Manuela, tengo 19 años. Nací en Medellín y siempre he vivido en esta ciudad. Vivo con mis padres y mi hermana menor. Desde los cuatro años entré al colegio Waldorf Isolda Echavarría, donde a través de una pedagogía alternativa, me motivaron a practicar artes como la pintura y la escritura. Desde entonces,

he dedicado parte de mi tiempo libre a escribir ideas que podrían luego convertirse en cuentos. Me gusta también la astrología y mi signo solar es capricornio. Actualmente, estudio Medicina, estoy en cuarto semestre, y soy feliz.

## Vanessa Valenzuela Peralta

Nací en Cartagena de Indias, el domingo 10 de diciembre de 1989. Hija de Juana Peralta y Efraín Valenzuela. Crecí en un hogar con muchas carencias económicas, pero rebotante de afecto, en el barrio Nuevo Bosque. Estudié la primaria en un colegio del barrio y logré entrar para hacer el bachillerato en el que es, a mi juicio, el mejor colegio público de la ciudad: la institución Educativa Soledad Acosta de Samper, donde obtuve mi grado de bachiller académico con el honor del premio Soledad Acosta de Samper en 2006. Decidí estudiar Medicina por ser un oficio apasionante y honesto. Actualmente, soy estudiante del posgrado de Pediatría de la UdeA. Soy una persona que ama la vida y anhela seguir aprendiendo de ella.

## Sebastián Sepúlveda Montoya

Mi nombre es Sebastián Sepúlveda Montoya. Nací en San Antonio de Prado, corregimiento de Medellín, el 13 de marzo de 1997. Siempre he vivido al lado de mi abuela, a quien cuido. Estudié en la Institución Educativa San José Obrero, donde fui merecedor de una de las becas del programa de Ser Pilo Paga. Siempre me incliné por los deportes, en especial, por los de contacto: fútbol, básquetbol y artes marciales. Actualmente, practico judo y fútbol. Escribo en el tiempo en que puedo salirme de mi mundo y entrar en las fronteras de mi pensamiento y llevarlo hasta donde mi imaginación me permita. Sueño con poder terminar mis dos carreras y seguir mis estudios en el campo de la salud; y quizá algún día, poder escribir una novela.

## María Antonia Roldán Yepes

María Antonia, nacida en Medellín, se ha interesado por diversos campos de estudio, como la música y las ciencias; así como por la literatura en sus tiempos de ocio. Actualmente, estudia Medicina. Le gusta mucho el grupo Les Luthiers, y citándolos dice aquí: «No quiero hacerles perder más tiempo, porque como bien dicen en inglés, *Time is money*: el tiempo es un maní».

## Juan José Fierro Martínez

Nació en Cartagena el 9 de julio de 1999. Terminó el bachillerato en el colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana. Estudiante de décimo semestre de Medicina. Desde pequeño ha tenido gran gusto por la lectura y la escritura. Ve en la literatura una forma de expresión y trascendencia.

# Autores y obras participantes en el Concurso

## Cuento

| Título                                | Seudónimo         | Nombre                       |
|---------------------------------------|-------------------|------------------------------|
| Abrazo nocturno                       | Ioannes Iacobus   | John Aiber López Pérez       |
| Mis días entre azulejos               | Le Pamplemousse   | Andrea Foronda Obando        |
| Otra cruz                             | Veritatis         | Sebastián Rivera Isaza       |
| Hidra                                 | Abrenuncio Domicó | Alejandro Londoño Mesa       |
| La felicidad naciente del malvado rey | Perdigón          | Dubán Andrés Rincón Barbosa  |
| This story ain't over                 | Dante             | Daniel Alejandro Rojas Oñate |
| El café de todos los días             | Manu C. J.        | Manuela Cardona Jaramillo    |
| A dos tintas                          | Enriqueta Belli   | Luisa Fernanda Mesa Franco   |
| Última memoria                        | Monenina          | Isabela Duque Schweizer      |
| ¿Dónde está Beg?                      | Kali              | Karen Daniela Castro Cáceres |

| Título   | Seudónimo            | Nombre                        |
|--|----------------------|-------------------------------|
| Pequeño  | Frank                | Camila Andrea Mera Franky     |
| El amor de una abuela                              | El Aventurero        | Sebastián Sepúlveda Montoya   |
| Las tres castañas                                  | Delta Mab            | Daniela Millán Mejía          |
| Recuerdos en ceniza                                | Tinta amarilla       | Nathalia Fernández Castaño    |
| Clinto y Tigra, dos tigrillos curiosos y cazadores | Astrónomo            | Nicolás Pineda Trujillo       |
| Los oblicuos ojos de ébano                         | Ivor Natayev         | Julio Ernesto Toro Restrepo   |
| Cuento de una noche                                | Scherezade           | Karen Jaramillo Osorio        |
| Un corazón de oro                                  | Beppino Gante        | Giuseppe Gerardo Genta Mesa   |
| Historia del Tip                                   | Dr. Ferdinand Müller | Jonathan Camilo Ruiz Triviño  |
| Gotas de agua                                      | Viajero de Sueños    | Juan José Fierro Martínez     |
| Hombre, ciudad, cotidianidad                       | Faust                | Deibie Yesith Mendoza Mendoza |
| Una verdad mal maquillada                          | Little Monster < 3   | Alejandro Tobón Villada       |

## Ensayo

| Título                          | Seudónimo         | Nombre                      |
|---------------------------------|-------------------|-----------------------------|
| Trasapando fronteras            | El Aventurero     | Sebastián Sepúlveda Montoya |
| Los otros                       | Rocamadour        | María Antonia Roldán Yepes  |
| Enfermos de olvido              | Viajero de Sueños | Juan José Fierro Martínez   |
| El diálogo, esperanza de cambio | Miel              | Mariana Vélez Marín         |

| Título                       | Seudónimo      | Nombre                         |
|------------------------------|----------------|--------------------------------|
| Doscientos años después      | Maximiliano I  | Jaime Hernán Arroyave Restrepo |
| Reinventando la discapacidad | Vanessa Valper | Vanessa Valenzuela Peralta     |
| Carta a un examor...         | Scherezade     | Karen Jaramillo Osorio         |



Teléfono: (+57) 4 219 53 30. Telefax: (+57) 4 219 50 13  
Correo electrónico: [imprenta@udea.edu.co](mailto:imprenta@udea.edu.co)